

VENGANZA CÒSMICA

LAW SPACE

VENGANZA CÓSMICA

Venganza cósmica

por

Law Space



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
Box 266
MALIBU, CALIFORNIA – U. S. A.

Depósito legal B. 14425 - 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. – T. Llorente 13 — **BARCELONA**

A MANERA DE NOTA PRELIMINAR

Hubo en la historia de los viajes interplanetarios, sobre todo a partir del siglo XXV, una época de pioneros, de intrépidos viajeros que, como sus antepasados habían hecho en la Tierra, se sintieron atraídos por lo desconocido.

Los Magallanes, los Colón, los Cortés y otros muchos se repitieron en la escala tremenda de los viajes por el espacio. Fue aquella época un siglo de aventuras, en el que cada grupo deseó imponer el nombre de su patria en los mundos lejanos que iba descubriendo para el engrandecimiento de lo desconocido.

Pero también hubo «colonizadores».

En toda la historia del hombre, desde los viajes de los nórdicos hacia las costas heladas de Groenlandia, desde los titubeos mercantiles de los fenicios en el Mediterráneo, desde el paso de las legiones romanas por Europa, Asia y África, ha habido conquistadores y colonizadores. De los primeros guarda el mundo pruebas de grandeza, de los segundos — sobre todo de los que obraron por cuenta propia, guiados por la ambición personal o colectiva—, no se recuerda más que el dolor.

También en el siglo XXV existieron esos hombres.

Su punto de mira era el enriquecimiento rápido, sin que ningún freno impidiese cortapisa alguna a su ambición. Todavía no estaba el espacio controlado por las fuerzas policiacas que más tarde, exactamente en el siglo XXVI, habían de terminar con aquella reprobable raza de aventureros.

Las páginas que siguen explican las «hazañas» de uno de aquellos grupos que surcaron el espacio, como otros hombres lo hicieron con los océanos, para convertirse en poderosos y afortunados,

Pero, como en todo relato que se urde con la maldad, hay en éste una sabrosa moraleja que intenta servir de advertencia para los que, ilusionados por la riqueza, estuvieron a punto de imitar a tan despreciables «héroes».

Porque el espacio está abierto, como todo en este mundo, a la bondad y a la comprensión de los hombres.



CAPÍTULO PRIMERO



IRÓ otra vez Harry la carta este que tenía sobre la mesa, en la cabina de mando y se volvió hacia Earl:

—¿Estás seguro de que ésta es la zona, Kipp?

—Seguro. Ya has visto que la espectrografía, en los meteoritos que hemos ido encontrando en el camino, señala indicios de sustancias radiactivas.

—Todavía no.

—¡Pero llevamos muchísimo tiempo navegando!

—¿Y qué quieres? A quien algo busca, algo le cuesta. No es un refrán

ortodoxo, pero viene a cuento.

Otro hombre acababa de entrar en la cabina.

—Todo bien, Earl— dijo.

—De acuerdo, Richard. ¿No hay señales aún de algún planeta?

—Todavía, no.

Harry insistió, con su monótona voz de disco rayado.

—¡Nunca hicimos un viaje tan largo como éste. Jamás conocí una zona tan desprovista de astros.

—Eso es lo bueno — replicó Kipp—. Todo este vacío es prueba de que encontraremos algo extraordinario al otro lado.

—Te haces demasiadas ilusiones.

—Ya lo verás. En todos estos últimos años, se ha demostrado que las fuentes de energía que hacían vivir a la humanidad se han agotado en todo el Sistema Solar. Muchas astronaves como la nuestra están buscando locamente un nuevo yacimiento. ¿Te imaginas a qué precio pagarán el uranio o el plutonio, si lo encontramos?

—Todo eso está muy bien; pero hay que encontrarlo primero.

—¡Y lo hallaremos!

—Ojalá sea así.

—Lo estupendo — dijo Richard, que era el último que había entrado — es que hayamos logrado comprar, antes de salir de la Tierra, esa «reductora». Con ella podemos llevarnos diez millones de toneladas en el espacio que ocuparía una sola.

—¡Por eso merece la pena hacer este esfuerzo. Estamos muy lejos del Sistema Solar, lo que significa que es muy probable que nadie se haya dirigido jamás por este lado del espacio.

Richard Payne asintió con la cabeza.

—Ya es hora que remocemos nuestras finanzas. ¿Sabéis que si no encontramos nada estaremos arruinados?

—No hace falta que lo digas. Gastamos hasta el último «cosmos» en la adquisición de esa dichosa "reductora».

—Fue una buena compra. Sin ella, este viaje no nos serviría para nada. ¿Os imagináis lo pesado que sería declarar el yacimiento y tener que organizar viajes y más viajes, con trenes de astronaves, para llevar el material «físico-combustible» al Sistema Solar?

—Todo lo que quieras — insistió Harry Dawson —, pero seguimos sin ver más que vacío, espacio intersideral que no parece querer acabar nunca.

Kipp, el jefe de aquella expedición, se encogió de hombros.

—Eres el misino impaciente de siempre, Dawson. Por fortuna, nosotros no

somos como tú.

—Veremos quién tiene razón al final.

Earl no contestó.

Le fastidiaba la actitud negativa y pesimista de su compañero; pero, al misino tiempo, apreciaba sus grandes conocimientos en mineralogía.

Abandonó la cabina, no queriendo seguir tan estéril discusión.

Atravesando el pasillo central del espaciocohete, llegó hasta el final, descendió por la escalerilla metálica y penetró en la cabina de pilotaje, saludando al hombre que estaca inclinado sobre los aparatos de a bordo.

—Hola, Harold!

—¿Qué hay?

—Eso es lo que yo deseaba preguntarte.

Harold Bradley sonrió.

—¿Qué clase de planeta deseáis? Estoy dispuesto a serviros el que más os plazca: un mundo rebosante de sustancias radiactivas, un mundo de uranio, al que no tendremos más que echar un gancho para llevárnoslo hasta la Tierra.

—Menos mal que, tú no piensas como Harry.

—¿Qué le pasa a ese gruñón?

—Lo de siempre. Afirma que perdemos el tiempo por este sector del espacio.

—¡Déjale que diga lo que quiera! Lo que le pasa es que lleva mucho tiempo sin oler una piedra cargada de uranio. En cuanto vea que su contador Geiger salta alegremente, dejará de decir estupideces y le brillarán los ojos como a los antiguos buscadores de oro.

—Eso ya lo sé; por eso, en realidad, no le hago mucho caso.

—¿Eran buenos los indicios radiactivos descubiertos en los meteoritos que hemos cruzado?

—¡Excelentes! ¿Crees que Harry no hubiese llorado de rabia si no hubiera encontrado buenas marcas de lo que andamos buscando?

—Eso es estupendo. ¿Sabes que empiezo a cansarme de este viaje?

—Eso nos ocurre a todos. Tres años de navegación espacial ininterrumpida es demasiado para cualquiera; pero el esfuerzo está en relación con el premio que obtendremos.

El piloto frunció el entrecejo.

—¿Sabes una cosa, Earl?

—¿Qué?

—Que no cuentes conmigo si esto sale bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si logramos algo interesante, no volveré a subir en ninguna otra

astronave ni en visita.

Kipp lanzó una alegre carcajada.

—¿Y crees que voy a enredarme en otro viaje si en éste sacamos suficiente provecho? No, amigo mío; estoy de acuerdo contigo. Y en cuanto logre tener el suficiente dinero para vivir tranquilo, sin ninguna clase de dificultad, me retiraré, como un potentado y no saldré de la Tierra bajo ningún motivo.

—Eso es lo que pensamos todos.

—Es natural. Llevamos diez años de búsqueda y aunque las cosas no nos han salido mal del todo, no hemos encontrado el filón que andamos buscando: el Eldorado, como decían los antiguos.

Harold no le escuchaba.

Con los músculos tendidos y los ojos brillantes, estaba absorto en la contemplación de unos rayos luminosos que acababan de aparecer en la pantalla de radar. Analizaba aquellos brillos, cuya nitidez iba intensificándose por momentos.

—¿Qué miras? — inquirió Kipp.

—Espera. Todavía no puedo decir nada, ya que me falta el cálculo de distancia. Voy a poner en marcha el cerebro electrónico.

Un susurro suave demostró que la poderosa máquina se había puesto en marcha.

Momentos más tarde, la tarjeta perforada salía por la ranura del cerebro electrónico.

—¿Hay algo? — se impacientó Earl.

—Espera — gruñó el otro.

Transcurrieron media docena de minutos antes de que el rostro de Harold expresase algo; pero Earl, que le miraba de reojo, comprendió perfectamente el significado de aquel cambio de expresión.

—¿Un planeta?

—Sí, a medio millón de kilómetros de aquí. Es el primero de todo un Sistema.

—¡Formidable!

—Espera aún; voy a darte algunos detalles más.

Y tras una pausa:

—Es Un poco más grande que la Tierra.

—¿Atmósfera?

—Un momento. No he recibido todavía las señales de los detectores químicos... Ahora llegan...

Los cómputos fueron agrupándose a su derecha, sobre la plataforma metálica donde el cerebro electrónico iba dejando todos los resultados que se

le iban pidiendo.

—Hay atmósfera... en proporción semejante a la terrestre.

—¿Y... lo otro?

Harold no pudo por menos de volverse y sonreír.

—¿No lo has olvidado, eh, Kipp?

Earl soltó una carcajada.

—¿Cómo voy a olvidarlo, Bradley? ¿Hay algo más importante para nosotros? Tú mismo has dicho que estás cansado. Todos nosotros lo estamos, en realidad... ¡Logremos una buena carga y larguémonos a la Tierra, donde tantas cosas buenas nos esperan!

¿Te imaginas lo que será de nosotros cuando tengamos un buen puñado de millones de «cosmos»?

Harold se pasó la lengua por los labios.

—Me lo imagino fácilmente.

La lámpara verde de la «sonda radiactiva» se encendió, a su izquierda y Bradley esperó, con impaciencia, que el cerebro electrónico terminase de analizar los trenes de ondas que estaban llegando hasta él.

Luego, cuando tuvo las tarjetas en su mano.

—¡Mira, Earl!

El otro se inclinó, contemplando las ranuras en el plástico, que coincidían con una serie de cifras que había en la parte superior, como esos abonos de transportes que se van perforando a medida que se usan.

—¿Qué demonios significa eso, Harold? ¿Te crees que te elegí por tu bonita cara?

Los ojos del otro brillaban intensamente.

—Es verdad — dijo que no entiendes ni una sola palabra de esto. Fíjate bien, amigo mío... ¡Jamás había visto un esquema de radiactividad tan intenso como éste!

—¿Hay uranio?

—Debe de haberlo a montones. La radiactividad, aunque atenuada — y eso debe de ser por la profundidad a que se encuentra el mineral—, se extiende a todo lo largo y ancho del planeta.

—¿Es verdad? — inquirió el otro, todavía dominado por la incredulidad.

—Puedes estar completamente seguro.

—¡Y ya lo estaba! He estado soñando, todas estas noches, que habíamos encontrado un filón inagotable... ¡Y ahora se convierte en la más hermosa realidad de nuestra vida!

Salió de la cabina y se reunió con los otros.

—¡Lo hemos encontrado! ¡Lo hemos encontrado! — exclamó, nada más

verlos.

Y les explicó lo que acababa de ver.

Todos fueron a la cabina del piloto y la tarjeta de plástico fue pasando de mano en mano, levantando una verdadera tormenta de comentarios.

—Vamos a ser tan ricos — dijo Kipp—, que nadie en la Tierra podrá igualarnos.

—Todavía no tenemos ese uranio—dijo Harry.

Kipp le fulminó con la mirada.

—¿Quieres dejar de molestarnos con tu mala pata, por todos los demonios?

Intervino Richard:

—Calmaos. Lo primero que tenemos que hacer es posarnos en ese planeta. Después, cuando ya estemos en él, estudiaremos la manera de hacer el trabajo lo más rápidamente posible.

—Eres un iluso — dijo Harry—. Tardaremos años en extraer todo el uranio que necesitamos para ser lo que quiere Kipp. Nuestras dos excavadoras, aunque potentes, no podrán hacer el trabajo demasiado rápidamente.

—¿Y qué quieres? — inquirió Earl, fuera de sí—. ¿Qué te sirvan el mineral en bandeja o que te den el dinero que vale sin realizar ningún esfuerzo?

—Yo no digo eso. Lo único que lamento, ahora que estamos tan cerca del triunfo, es el no poder lograrlo rápidamente. No olvides que tardaremos tres años en regresar al Sistema.

—¿Y qué importa?

—¿Y si estamos cuatro o cinco años trabajando aquí?

—Lo haremos. Y si tardamos diez años, es igual. ¿O quieres regresar a la Tierra con un puñado que te dé para vivir mediocremente el resto de tus días? — sus ojos brillaban con una intensidad terrible—. ¡Quiero hacerme rico!, ¿entiendes? ¡¡Inmensamente rico!! He viajado todos estos años, sin parar en sacrificios, con el único objeto de convertirme en uno de los hombres más poderosos de la Tierra.

—Yo estoy de acuerdo contigo—dijo Harold.

—Y yo también— afirmó Richard.

Harry gruñó antes de decir:

—¿Quién piensa en otra cosa, pedazos de mendrugos? Lo que ocurre es que no queréis entenderme... Si acabásemos en un año, podríamos gozar muchísimo tiempo de esa riqueza.

—Ya tendremos bastante tiempo.

—No somos niños.

—Ni tampoco viejos. El que tiene más edad de todos soy yo y acabo de cumplir treinta y un años. Aunque llegase a los cuarenta y cinco a la Tierra...

Harold intervino.

—¿No habéis oído hablar de ese tratamiento hormonal que prolonga la vida, con plenas facultades, hasta los ciento diez y ciento veinte años?

Kipp asintió con la cabeza.

—Todos hemos oído hablar de eso; pero también sé que sólo los multimillonarios pueden pagar lo que cuesta ese tratamiento... ¡Por eso necesitamos ser ricos!

—Tienes razón.

Guardaron silencio mientras Harold dirigía la astronave hacia aquel planeta aún invisible. Horas más tarde era ya visto por todos.

La emoción les impedía hablar.

El astro poseía un hermoso color azulado y estaba rodeado por una densa atmósfera, que hacia invisible el contorno de sus continentes. Harry, que manejaba los aparatos de investigación tan bien como Harold, no cesaba de enviar sondas electrónicas, cuyas respuestas iba amontonando a su lado.

—¿Hay algo nuevo?— inquirió Kipp.

Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, Dawson sonrió.

—La riqueza de uranio de este planeta es verdaderamente fabulosa.

Todos sonrieron con él, complacidos y nerviosos al mismo tiempo.

—Emplearemos la reductora— dijo Earl — hasta el máximo. Quiero llevarme una carga tremenda de esa riqueza para la Tierra.

—No te preocupes por la «reductora» — repuso Harry—. La máquina trabaja bien y no será problema llevarnos una cantidad buena. El problema, repito, reside en la excavación.

—¡Lástima no haber comprado más excavadoras de esas!

—¿Con qué dinero? Hemos empleado hasta el último centavo de «cosmo» para este viaje. Si hubiésemos sabido que íbamos a encontrar un filón como éste, hubiéramos pedido algún préstamo.

Kipp sonrió sarcásticamente.

—¿Para qué? ¿Para qué otros, sin el menor esfuerzo, se hubiesen llevado el producto de nuestro sacrificio? Ya os he dicho que prefiero pasarme diez años en este planeta y no tener que repartir las ganancias con nadie.

—Es lo más razonable -— opinó Richard.

—Vamos a disponer el aterrizaje — dijo Harold—. Volved a la otra cabina y sentaos en los sillones anti-g.

Todos obedecieron, pero no sin antes lanzar una mirada amorosa al planeta que de tan próximo como estaba ocupaba ya todo el horizonte visible.

Una vez sentados convenientemente, se miraron, sonriendo corno niños que van a recibir por fin el premio ansiado.

—¿Qué piensas, Richard?—inquirió Earl, viendo que su compañero se frotaba la barbilla, sin dejar de sonreír.

—Estaba pensando en todo lo que podré hacer cuando tenga suficiente dinero para no preocuparme de lo que gasto.

—Podrás hacer lo que desees. Tus caprichos se convertirán en órdenes.

—Pues pienso tener muchos de esos caprichos.

—Ya te cansarás—dijo Harry.

—¿Cansarme? ¿Sabes tú algo de lo que fue mi niñez y mi juventud? He pasado demasiadas calamidades para poder cansarme de vivir bien... ¡Haré locuras!

Después, pasados unos instantes, fue todavía a decir algo; pero el aumento de aceleración le hizo afianzarse al sillón, impidiéndole decir una sola palabra.

CAPÍTULO II


A nave se posó blandamente sobre el suelo de aquel planeta desconocido.

Antes de salir de su interior, los hombres que la tripulaban esperaron a que los analizadores, con más datos que nunca, ya que los extraían del contacto con todos los elementos fisicoquímicos del planeta, les demostrasen que la atmósfera era perfectamente respirable y que no era necesario utilizar los trajes del espacio.

Harold extrajo las últimas cartulinas de plástico de las ranuras del cerebro electrónico.

—Perfectamente normal— dijo.

—¿Y la gravedad? — inquirió Harry.

—Casi igual a la de la Tierra; un poco menor. La máquina da un valor exacto de 0´90, tomando la de la Tierra como unidad.

—Estupendo. Podremos movernos con mayor ligereza.

—¿Vamos?

La rampa metálica se deslizó, desde la parte baja de la puerta y ésta, segundos después, se abrió silenciosamente.

Kipp fue el primero en bajar.

Nada más hacerlo, respiró a pleno pulmón el aire fresco de la atmósfera de aquel mundo, haciendo chascar la lengua, como si probase su licor preferido.

—¡Podéis salir! ¡Esto es sanísimo!

Le imitaron, respirando profundamente, hasta convencerse de que nada había de dañino en aquel aire.

—¡Es fantástico!

—También ha sido una suerte que este planeta tuviese una atmósfera semejante a la de la Tierra. Los trajes espaciales son muy buenos, pero incómodos.

El aspecto del planeta era, en todo, semejante a la Tierra. Quizá los árboles que veían eran un poco más pequeños que los terrestres y sus hojas y flores ofrecían un aspecto más lujuriante y bello; pero, en conjunto, montañas, cielo y vegetación parecían ser casi los mismos que ellos conocían.

—Ya veis — dijo Harry—que todo esto es semejante a la Tierra. No se ven aquí detalles inesperados como en los planetas de nuestro Sistema. Ni lagos ardientes como en Mercurio, ni lluvias como en Venus, ni desiertos como en Marte, ni heladas regiones como en los demás mundos exteriores.

—¿Habrá habitantes?

Todos se volvieron hacia Richard, que era el que había hecho aquella

pregunta.

—Todo parece decir que puede haberlos—dijo Dawson—. Y hasta semejantes a nosotros.

—De eso me voy a enterar muy pronto — dijo Kipp, con una sonrisa, que los otros no supieron interpretar—. Voy a sacar el «oruga» y me daré una vuelta. Mientras, si queréis, podéis, ir montando las excavadoras.

—De acuerdo.

Abrieron la parte posterior de la astronave y sacaron un minúsculo, pero seguro vehículo, dotado de ruedas oruga y movido por energía atómica, capaz de moverse por cualquier terreno.

—¿Vas a llevarte armas? — inquirió Harold, cuando Earl se disponía a montar en el coche.

—Es verdad. Pásame un fusil y una pistola.

Bradley obedeció y. cuando tuvo las armas al alcance de su mano, el jefe puso en marcha el vehículo que se alejó velozmente.

El terreno era llano y los árboles formaban diminutos y curiosos bosquecillos, como islas verdes en aquel páramo interminable.

—Es tierra de uranio — dijo Earl en voz alta—. No hay más que verla.

Después de marchar durante cerca de dos horas, descubrió una cadena de montañas hacia su izquierda y se dirigió hacia allá, un poco cansado de la monotonía del paisaje.

Los bosquecillos fueron haciéndose cada vez más raros hasta que, ya junto a las montañas, las rocas sucedieron al páramo y una vegetación rara, de densas y pegajosas hojas, sucedió a los arbustos.

Kipp se percató, a medida que se acercaba a la montaña, de que toda la parte inferior estaba horadada y se preguntó qué significación podía tener aquello.

Las rocas, sobre las que ya marchaba el auto-oruga, no ofrecían muestras de una erosión que explicase los agujeros ele la base de la montaña y era más que improbable que aquellas oquedades hubiesen sido el producto de la acción de los elementos del planeta.

El terreno se hacía cada vez más difícil y Kipp se vio obligado a detener el vehículo poco después.

Pero seguía intrigado por los agujeros, que ya no estaban más que a un par de kilómetros del lugar donde él se hallaba.

Los gemelos tampoco le solucionaron gran cosa, ya que no pudo ver más que la negrura del interior de los agujeros.

Dispuesto a salir de dudas, abandonó el vehículo, se colgó el fusil en bandolera y empuñando la pistola, empezó a marchar hacia adelante, sin dejar de vigilar y observar todos los detalles que le rodeaban.

La vegetación que había sucedido a los árboles era densa, pero, como aquéllos, formaba islotes, dejando entre ellos cómodos y amplios pasadizos que, curiosamente, formaban un laberinto formidable. De no haber sido porque la montaña era un punto de orientación magnífico, el, hombre se hubiese perdido irremisiblemente,

Las cosas, minutos más tarde, sucedieron tan aprisa, de una forma tan inesperada, que Kipp se las vio y deseó para solucionar todos los problemas que se le plantearon en muy pocos segundos.

Primero fue el hacha.

Le pasó silbando junto a la cabeza, yéndose a estrellar junto a una roca vecina, de la que hizo saltar chispas, ya que se trataba de un arma primitiva, hecha con un trozo de sílex burdamente tallado.

Earl se dejó caer al suelo, seguro de que otros proyectiles iban a seguir al primero.

Pero se equivocó.

Un grupo de hombres pequeños y peludos — como monos—, no debían medir mucho más de metro y medio los más altos, salieron aullando como perros de detrás de las plantas que les ocultaban.

Todos ellos iban cubiertos de pieles de animales y esgrimían hachas semejantes a la que había pasado junto a Earl.

Éste, sin pararse a estudiar aquella raza curiosamente semejante al hombre de la Edad, de Piedra, apretó el gatillo, media docena de veces, tumbando a otros tantos individuos y haciendo que los otros se parasen en seco, antes de huir como perseguidos por el mismísimo diablo.

Kipp se incorporó.

Después de percatarse de que sus enemigos habían huido definitivamente, se acercó para examinar los cuerpos de los que había derribado con sus disparos.

Todos estaban perfectamente desarrollados y su anatomía estaba relacionada con su estatura, demostrando que no se trataba de enanos ni individuos contrahechos.

Examinó uno por uno los, cadáveres, hasta detenerse ante uno de ellos, que también le pareció ser como los otros. Luego arrodillándose junto a aquel cuerpo, se dio cuenta de que el hombre no había muerto.

Abriendo uno de sus bolsillos de la camisa, Earl sacó su «frenoscopio».

Ei aparato, inventado hacía ya medio siglo, había sido utilizado con éxito en todas las expediciones espaciales y consistía en un mecanismo electrónico capaz de transmitir el pensamiento de un cerebro a otro; es decir, permitiendo que dos seres que hablasen distinta lengua pudiesen entenderse perfectamente.

El «frenoscopio» no era más que un tubo, elástico, con dos ventosas, una en cada extremo, que se apoyaban en la frente, para establecer la

comunicación cerebral que se requería.

Kipp se colocó una de las ventosas en la cabeza, haciendo lo mismo con la otra, que pegó a la frente de su prisionero.

—¿Quién eres? — inquirió mentalmente.

Los ojos del herido expresaron el espanto indecible que experimentaba al sentir que las palabras del otro le penetraban en su propia mente.

—¿Quién eres? — repitió Kipp-—. ¿Por qué me habéis atacado?

El otro tardó unos segundos en «contestar». Lo hizo verbalmente, pero lo que «oyó» el terrícola fueron sus ideas.

—Sé que eres uno de los demonios que habitan las tierras bajas. ¿Qué quieres de nosotros? Te hemos dejado, como siempre, comida y bebida al borde de tus dominios. ¿No estás satisfecho aún?

Kipp estuvo a punto de reírse, aunque debía haber pensado en algo semejante, ya que aquellos primitivos, al verle así, tenían forzosamente que tomarlo por una especie de divinidad.

Su cerebro trabajaba velozmente.

Nada le importaba que el otro pudiese leer sus ideas, ya que estaban lejos de la comprensión de aquel desdichado.

—¡Qué hermoso plan!

A medida que iba forjándolo y detallándolo, en su mente, se sentía complacido, hasta el extremo de que no pudo por menos de sonreírse.

—Escúchame, miserable — dijo—. Yo soy, en efecto, el espíritu poderoso de las tierras, bajas. Y estoy encolerizado contra vosotros.

El herido temblaba, como si su cuerpo se hubiese convertido en azogue.

—¿Qué hemos de hacer para aplacarte?

Pero Kipp no le contestó en seguida.

Estaba mirando la herida que el proyectil térmico había causado a aquel hombre y se dio cuenta de que podía remediarlo inmediatamente. Metió la mano en el bolsillo y sacó un tubo de «atermina», pomada que aplicó sobre la herida del hombre.

Los dolores que éste experimentaba desaparecieron como por ensalmo.

—¡Me has curado!

—Sí. Quiero que seas nuestro elegido desde este momento. Irás con los otros y les dirás que se preparen. Los espíritus de las Tierras Bajas vendrán muy pronto para hablar con el jefe. ¿Quién es vuestro jefe?

—Aluk.

—Perfectamente. Dirás a Aluk que mañana debe estar, con todo su pueblo, en este mismo sitio. Adviértele que cualquier traición le costara cara. Debe estar debe venir desarmado, así como todos los demás, ¿entendido?

El miedo había abandonado al hombre primitivo y un brillo inteligente lucía en sus pupilas.

—¡Les diré que soy tu elegido! ¡Seré el brujo de la tribu! Aunque...

—¿Qué te ocurre?

—Himma, el brujo que hay ahora. No querrá que yo le suceda.

—¡Mátalo! ¡Yo te lo ordeno!

El otro sonrió, mostrando su dentadura, con los dientes afilados artificialmente.

—¡Vete ahora!

Despegó la ventosa de la frente del hombre que, levantándose, se arrodilló ante Kipp, incorporándose después y huyendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Earl sonrió.

Había conseguido el triunfo más grande de su vida.

Regresó al vehículo y lo puso en marcha, siguiendo, una vez fuera de las rocas, sus propias huellas, sobre el páramo infinito, que ahora le pareció muchísimo menos desagradable que antes.

* * *

—Pero, ¿es posible?

—Como lo estáis oyendo. Hombres como los que vivían en la Tierra en el Cuaternario.

—¿Y te han tomado como un demonio?

Harry no pudo evitar el dar su sarcástica y dura opinión.

—En eso no se han equivocado.

Kipp le lanzó una mirada terrible.

—No veo la gracia por ninguna parte. Después de todo, he logrado lo que tanto te preocupaba, «aguafiestas».

—¿A qué te refieres?

—A que, gracias a mi habilidad con los nativos, podremos reducir considerablemente nuestra estancia aquí.

—No te entiendo.

—Pues es sencillísimo. Ya sabes que, en realidad, lo más pesado de nuestro trabajo no es la excavación, sino la limpieza, separando la ganga del mineral, Eso lo harán ellos.

—¿Los indígenas?

—Sí.

Harry se frotó el mentón, pero Richard, el más humanitario de ellos, aunque no lo era tampoco mucho, dijo:

—Esos hombres no estarán protegidos contra las radiaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Que sufrirán quemaduras espantosas.

—¿Y qué nos importa? Debemos regresar cuanto antes, ése es el deseo de todos nosotros.

Dawson se inclinó hacia la opinión del jefe, llevándole la corriente por primera vez.

—Kipp tiene razón. Debemos darnos prisa: eso es todo.

* * *

A la mañana siguiente, vestidos con los trajes especiales para la búsqueda de uranio — se habían puesto las escafandras espaciales, con comunicación directa con la atmósfera, de manera a impresionar más intensamente a los nativos—, salieron de la zona donde estaba la astronave.

Kipp y Harry iban en el auto-oruga; los otros dos les seguían, guiando cada uno una excavadora.

Earl siguió las huellas que su vehículo había dejado el día anterior, tomando después el camino de las montañas. Antes de llegar, se detuvieron, examinando detenidamente las rocas y, especialmente, el lugar donde Kipp había luchado el día anterior con los hombres prehistóricos.

—¡Están allí!

Así era, en efecto. Varios centenares de los pequeños hombres de aquel planeta estaban allí, congregados, junto a las rocas desde donde habían atacado la víspera a Earl.

—Yo me adelantaré — dijo Kipp—. Vosotros cubridme con las armas. Aunque no creo que hagan nada por atacarme.

Habían llegado hasta donde era posible hacerlo con los vehículos y Kipp saltó del auto-oruga, avanzando hacia los hombres prehistóricos. Llevaba su pistola en la mano, dispuesto a defenderse a la menor alarma.

Pero, al acercarse a aquellas criaturas, vio que el hombre al que había curado y «hablado» el día anterior avanzaba hacia él, con una sonrisa en los labios, ante la admiración de los otros que, sin poderlo evitar, habían retrocedido un tanto a la vista del espíritu de las tierras bajas.

Kipp sacó el «frenoscopio» de su bolsillo y después de adaptarlo a su escafandra esperó que el otro llegase a su lado. El hombre primitivo era inteligente y avanzó la frente para que el astronauta colocase la ventosa sobre ella.

—Estoy muy contento de que me hayas obedecido — dijo Earl.

—¡Soy el nuevo mago! ¡Todos creen en mí!

—¿Y el otro?

—¿Himma?

—Sí.

—¡Lo maté anoche! ¡Nadie me hizo nada! Mostré la herida que me habías curado y todos se convencieron de que yo era el elegido de los espíritus de las tierras bajas.

—Perfectamente. Di al jefe que todo vuestro pueblo, que es el elegido, debe seguirnos. Que cojan comida para varios días y que vengan.

—¡Se lo diré a Aluk! ¡Él obedecerá!

Él mismo se despegó la ventosa y corrió hacia los suyos.

Kipp le vio hablar a grandes gritos con un hombre joven, que llevaba un collar de huesos alrededor del cuello.

Tuvo que esperar un gran rato, ya que la lengua de aquellos seres debía ser muy primitiva y difícil de interpretar por ellos mismos.

Finalmente, el joven volvió junto al hombre,

—Nuestro pueblo os seguirá—dijo, después de aplicarse la ventosa.

—Está bien. ¿Cómo te llamas?

—Sikma, ¡el gran hechicero! ¡El mago de los espíritus de las tierras bajas!

—Ya lo sé. ¿Van a traer comida como les he dicho?

—Las mujeres y los niños se encargarán de ello. Nosotros queremos seguiros inmediatamente.

Kipp sonrió.

Las cosas no podían marchar de mejor manera. —Está bien, podéis seguirnos. No os asustéis de nuestras máquinas, son espíritus que hemos encadenado, por habernos desobedecido.

Momentos más tarde, cuando Earl se dirigía hacia el auto-oruga, toda la tribu lo hizo, despacio, andando temerosamente.

—Tendremos que ir despacio — dijo Harold.

—Sí — repuso Kipp. Y dirigiéndose a Harry—: ¿Has hecho algo con tu «tele-contador»?

—Sí, ya tengo una región para empezar a trabajar.

—Dirijámonos hacia allá. Esta gente nos seguirá y podremos empezar a extraer mineral en seguida.

Nosotros manejaremos las excavadoras y ellos harán la selección.

Iniciaron la marcha, a poca velocidad, de manera a permitir que los hombres primitivos les siguieran.

Mostrando su satisfacción, Sikma iba delante de todos, junto al reyezuelo de la tribu, alzando los brazos y gritando como si fuese capaz de someter a los espíritus a su voluntad.

Aquello era lo que convenía a los astronautas, ya que el nuevo hechicero

haría— y por él el resto de la tribu —todo lo que los hombres de la Tierra le ordenasen.

Guiándose por su «tele-contador», un dispositivo capaz de captar las lejanas radiaciones de uranio, señalando siempre hacia sus más grandes yacimientos, la extraña, caravana llegó hasta el lugar donde iba a empezar el trabajo.

Nada le costó a Kipp ordenar, una vez las excavadoras iniciaron su labor, que se empezase la limpieza del mineral.

Sólo Richard, detrás de su traje protector, miraba con cierta melancolía los cuerpos desnudos que estaban entrando en contacto con la maléfica radiactividad.

CAPÍTULO III



AS dos primeras semanas — el tiempo sólo existía en los relojes calendarios de los terrícolas — pasaron velozmente para los expedicionarios.

Harry no se había equivocado, como de costumbre, y el yacimiento que había descubierto era de una gran riqueza. Las excavadoras trabajaban sin cesar y los «thesus» — así había dicho Aluk que se llamaba aquel pueblo, no cesaron de colaborar con los «espíritus» que, en pago a su esfuerzo, dieron algunas chucherías a Aluk, el reyezuelo, que era el único, junto al nuevo mago, que no trabajaba.

Las mujeres y los niños trajeron gran cantidad de alimentos, repitiendo el viaje unos días después.

Pero nada de aquello parecía importarle a los hombres de la Tierra, cuya atención se concentraba exclusivamente sobre el material puro de uranio Que

los «thesus» iban colocando a un lado.

Habían ido a por la «reductora» y el monstruoso aparato, una especie de enorme hormigonera, estaba preparado, con sus fauces abiertas, dispuesto a convertir el trabajo de una quincena en un minúsculo puñado de material «concentrado».

Un contador Geiger especial, siempre en manos de Dawson, controlaba la pureza del mineral extraído.

—Es de primera calidad —dijo aquella mañana, cuando se detuvieron para almorzar.

Se retiraban, en el auto-oruga, lejos de los «thesus», para impedir que les viesen comer, ya que a pesar de que en los ritos de aquellos hombres primitivos se establecía que los espíritus se alimentaban, los terrícolas temían que el hacerlo delante de los nativos les quitase facultades menoscabando su calidad de semidioses.

—¿Cuánto crees que tenemos ya? — inquirió Kipp. —unas cincuenta toneladas,

—¿Tan poco?

Harry sonrió.

—Si no hubiese sido por la ayuda de esos desgraciados, estaríamos en, al máximo, la doce o trece tonelada. Ya sabes que el comienzo es lo más difícil.

Después, cuando tengamos la veta completamente abierta y podamos atacarla desde todos los lados, la producción se elevará por lo menos en un ochenta por ciento.

—¡Será un momento encantador!

—Pronto lo verás, lo importante es que esos nativos han comprendido perfectamente su trabajo y el mineral que obtienen, después de quitar los elementos inútiles, es de gran pureza.

—¿Crees que esta veta nos dará todo lo que necesitamos?

—Indudablemente. El subsuelo de este mundo está constituido, casi totalmente, por una capa de mineral de uranio. Aquí hay mineral suficiente para abastecer las necesidades del Sistema por un lapso de tiempo superior a dos mil años.

—Es fabuloso — opinó Richard.

—Pero no debes dejarte arrastrar por las cifras —.replicó vivamente Earl —. En cuanto tengamos una cantidad suficiente, nos largamos. Y que a ninguno de nosotros se le ocurra recordar la situación de este mundo. Por mucho que viviésemos, a pesar de todos los tratamientos hormonales que nos hicieran, no merecería la pena volver.

—¿Por qué?

—Porque tendremos suficiente con lo que nos llevemos. El uranio, cuando

abandonamos la Tierra, se cotizaba como nunca: a un millón de «cosmos» el kilogramo puro. ¿Te imaginas lo que nos darán a cada uno de nosotros por la parte de carga que nos corresponda? Tendrás dinero suficiente para comprar ciudades enteras.

Harold sonrió, lleno de gozo.

—¡Qué estupendo! Siempre he intentado imaginar, sin lograrlo del todo, lo que será tener dinero para no preocuparse de lo que se gasta.

—Eso es lo que te ocurrirá.

—Me parecerá mentira.

—Te acostumbraras, ya te veo, al principio, lleno de desconfianza, porque nunca tenido tanto, controlando todos tus gastos. Después, poco a poco, te iras acostumbrando, sin darte cuenta, a hacer gastos cada vez más importantes. Tu manía de controlar irá desapareciendo paulatinamente, hasta que tengas plena conciencia de tu poder ilimitado. A partir de ese momento, ya no te preocuparas de contar y gastarás sin mirar.

—¿Qué pensáis hacer vosotros con el dinero?

Kipp sonrió.

—Hace muchísimo tiempo — dijo—que he soñado con ser una figura de la política: un hombre que controla la vida de millones de seres. Creo que lo lograré.

—Yo—dijo Harry — deseo controlar el mercado de uranio en el Sistema. Una vez hayamos vendido todo lo que llevamos, exigiremos formar parte de las grandes compañías que, sin opción de otra clase, tendrán que cedernos una mayoría de acciones. Como a vosotros no os interesará esa rama de la industria, os compraré las acciones y, controlaré toda la industria del Sistema.

—No está mal pensado—repuso Harold—. Por mí, ya puedes comprar las acciones: te las regalare. Por mi parte-—-añadió, entornando los ojos, como si contemplase ya el porvenir—, deseo poseer muchas propiedades. Tendré casas, ranchos y castillos en todas las partes del mundo. Y me dedicaré a viajar. Y tú, ¿qué harás, Richard?

—También quiero viajar; pero me interesa el mar y me compraré el mejor barco que se haya fabricado jamás. Como me gusta la pesca submarina, controlaré parte de los océanos, reservándome cotos a los que invitaré a mis amigas. Quiero ser un hombre poderoso y mis fiestas se recordarán, a través del tiempo, como las más fastuosas que se hayan hecho.

Hubo un corto silencio y Kipp, con su sonrisa burlona en los labios:

—Ya que tenemos distribuida la riqueza, queridos señores, ¿qué les parece si empezásemos por conseguirla?

Se levantaron y marcharon hacia el vehículo. Los ojos de todos ellos brillaban de codicia, como si una llama perenne se hubiese encendido en sus pupilas.

* * *

¿Los espíritus de las tierras bajas?

Si los hombres de la Tierra, hubiesen reflexionado un poco, si se hubieran, interesado por las creencias de les «thesus», si hubiesen hablado con aquellos hombres y ahondado un poco en los recuerdos de los viejos, se hubieran llegado a convencer de que los espíritus de las tierras bajas existían en realidad.

Los «thesus», sobre todo los más viejos, les habrían hablado de vehículos semejantes a los suyos que, algunas veces, habían visto correr por los páramos, levantando grandes nubes de polvo.

También les habrían contado que, durante un cierto tiempo, grandes llamaradas habían sido vistas desde las montañas, seguidas de explosiones horrísonas, como si el mundo entero se resquebrajara, amenazando destruir totalmente al planeta.

Un par de viejos, de los que ya no se movían de las cuevas, pero que eran muy respetados por la totalidad de la tribu, les hubiesen contado que habían visto naves que flotaban en el espacio y que se movían más velozmente que el viento.

Pero los hombres de la Tierra no tenían más que ojos para el uranio. Lo demás, francamente, les importaba un bledo.

* * *

Esauko se secó la frente, al tiempo que separaba su rostro del visor del telescopio.

—¿Siguen ahí? — le preguntó, su compañero.

Esauko no contestó inmediatamente; terminó de secarse el sudor que perlaba su amplía frente; después, volviéndose hacia el otro, dijo:

—Sí, siguen extrayendo uranio.

—¿Y los «thesus»?

—Los utilizan para separar el mineral de la ganga. Morirán abrasados por las quemaduras de la radiactividad.

El otro, Likauno, se mordió los labios.

—Creo que no podremos hacer nada.

—No. Destruimos las armas, los aparatos, los vehículos, con el deseo de que la horrible guerra que hicimos no se repitiese jamás. Ahora estamos desarmados.

—Pero contábamos con los «thesus».

—Ya lo sé. Después de aquella espantosa batalla, que diezmó definitivamente nuestra raza, pusimos los ojos en los «thesus», una raza joven, fuerte, sana, con la idea de ayudarles en los momentos críticos y hacer que

fuesen ellos que habitasen, un día, un mundo tranquilo del que se hubiese desterrado la violencia.

»Teníamos mucho tiempo, ya que los «thesus» están apenas en una época primitiva y que nosotros, que gozamos, gracias a nuestros descubrimientos pacíficos, de una vida prácticamente ilimitada, podíamos esperar todo lo que fuese para convertir a esa raza en gente feliz.

»La llegada de esos extranjeros lo ha estropeado todo.

Hubo una larga pausa y Likauno, cuya palidez había aumentado.

—¿Cómo íbamos a saber que había seres capaces de atravesar el espacio?

—Debíamos haberlo sospechado. Nosotros también estábamos a punto de poder viajar en él cuando estalló la guerra horrible. Y ahora, si lo hubiésemos deseado, podríamos movernos por el cosmos.

—Sí, pero ya somos demasiado viejos y no sabemos si tenemos mil o dos mil años.

Otro silencio se instaló bajo la cúpula del observatorio, sin que ninguno de los dos hombres se sintiese con fuerza para acercarse al telescopio.

—¡Pobres «thesus»! — dijo Esauko, repentinamente —. ¡Con todo lo que hemos hecho por ellos, ¿Recuerdas aquella vez que la peste se declaró en su montaña?

—Lo recuerdo perfectamente. Muchos de nosotros, los mejores, temíamos ya la guerra y la destrucción. Nos habíamos percatado claramente de que éramos una raza caduca y teníamos los ojos puestos en ese pueblo primitivo, como un padre mira a sus hijos que se crían fuertes, en contacto con la naturaleza, mientras él se cubre de arrugas y achaques.

»A1 descubrir la peste, por medio de nuestros detectores biológicos, enviamos una expedición, por el aire, que hizo que lloviese sobre las montañas un aguacero de sustancias químicas microbicidas, que hicieron desaparecer el mal.

»Después vino el hambre.

»Todos los animales que alimentaban a los «thesus:» habían muerto por causa de aquella peste que se convirtió en una epizootia. Entonces, para librarlos del nuevo sufrimiento, fuimos a buscar nuevas especies de animales, al otro lado del planeta y repoblamos los bosques de las montañas.

—Ellos entendieron perfectamente que eran ayudados. Y empezaron a adorarnos, dejando en el borde del páramo, durante la noche, frutas y viandas para complacernos.

»Nos hubiera sido más fácil enviarles nuestras pastillas «biogenéticas» para que se alimentasen de una manera científica, pero ya sospechábamos que nuestro adelanto, llevaba consigo perturbaciones. ¿Qué nos ha ocurrido al separarnos por completo de la Naturaleza?

—Que hemos degenerado, que ya no somos capaces de tener hijos. Y que

el medio centenar de «etrumios» que seguimos viviendo, no somos más que una rama caduca que el tiempo se encargará de convertir en polvo, sin ninguna posibilidad de salvación.

—¡Y pensar que fuimos como los «thesus»!

—Por eso mismo deseamos que ellos no nos imiten. Por eso queríamos ayudarles, enseñarles lo bueno y lo malo de una civilización demasiado técnica.

Queríamos convertirlos, gracias a nuestra experiencia de milenios, en un pueblo bueno, feliz, dichoso...

—¡Y esos malditos extranjeros nos lo han echado todo por tierra!

Likauno cerró los puños.

—¡Sí al menos pudiésemos atacarlos y destruirlos!

—No te hagas ilusiones, amigo mío. No tenemos ni un solo armamento, ni siquiera las hachas de sílex de los «thesus». Y, aunque lo tuviésemos, nos falta el coraje para combatir. ¿Qué puede hacer una raza caduca como la nuestra?

—No lo sé; pero no puedes imaginarte qué dolor experimenta mí alma al ver que esos desgraciados sufrirán de algo que ni nuestra ciencia podrá remediar. ¿Lo imaginas?

—Sí. Sus cuerpos se cubrirán de quemaduras radiactivas. Muchos de ellos quedarán ciegos y, lo que es mucho peor, la acción de las radiaciones perturbará los cromosomas de sus células reproductivas.

Y una serie de seres monstruosos nacerá en las montañas.

—¡Adiós nuestras ilusiones!

Se callaron, mirándose profundamente, como si cada uno de ellos intentase buscar en el cerebro del otro la idea salvadora.

—¡No puede ser! — exclamó Likauno—. ¡No debe ser que la maldad destroce todo lo bueno que intentábamos realizar!

—Quizá no nos merezcamos otra cosa, amigo mío. Hemos sido malos, perversos. Hemos desencadenado una guerra espantosa, hemos destruido, aniquilado, nuestra propia raza. Y, además de la guerra, nos hemos adormecido en una civilización supertécnica, que nos ha convertido en las sombras, humanas que actualmente somos.

—¡Debe haber una justicia cósmica!

—Y la habría, no lo dudes, si no nos hubiésemos cegado estúpidamente con nuestro poder, que llegamos a considerar omnímodo.

—Habrá que hacer algo, sin embargo.

—No podemos hacer nada, amigo mío.

El otro le miró, con una luz furiosa en sus ojos.

—¿Quieres dejar que esos bandidos del espacio, que esas repugnantes

criaturas se salgan con la suya? Ellos se irán, a su mundo, que no conocemos, para disfrutar de la riqueza que han conseguido en el nuestro.

»Nada importaría que se hubieran llevado todo el uranio de nuestro planeta. Ese maldito metal no ha hecho más que hundirnos en él despreciable estado en que nos encontramos... Pero ¿vamos a dejar que se regocijen de su cruel hazaña? Ellos se irán, pero dejarán aquí una raza que habrán convertido en algo despreciable, en un pueblo de monstruos que no llegará nunca a gozar de todo lo que se merecían.

—¿Y qué hacer?

Likauno tardó unos segundos en contestar.

—No lo sé — confesó, finalmente, con un suspiro de desesperación.

—¿Entonces...?

—El que no sepamos nada ahora, no quiere decir nada. Poseemos aún una inteligencia privilegiada... ¡Y podemos pensar!

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo: que ya que no podremos hacer de los «thesus» el hermoso sueño que mecíamos en nuestras mentes, debemos dedicarnos a pensar, con toda la intensidad de nuestra alma, en la manera de hacer pagar a esos canallas todo el mal que han hecho.

—¿Y cómo sabes de dónde vienen? Muy pronto se habrán ido y ya no los volveremos a ver más.

Likauno bajó la cabeza, aparentemente vencido.

—Todo eso es verdad, Esauko; pero no hay que desesperar. Desde este mismo instante, trabajaremos sin descanso hasta haber encontrado la manera de descubrir el mundo de esos seres... Sólo que...

—¿Qué has pensado?

—Necesitaríamos a uno de ellos, para analizarle a fondo... o un trozo de su cuerpo.

—Eso puede hacerse.

La mirada del otro brilló intensamente.

—Has encontrado algo, ¿verdad? — inquirió con un ansia apenas contenida.

—Creo que sí.

* * *

Aluk, el reyezuelo, no estaba muy contento.

Verdad era que había gozado con las chucherías que los espíritus le habían regalado; pero fue el primero en descubrir que algunos de sus hombres ofrecían quemaduras horribles en el cuerpo.

Sé dirigió al mago.

—Los hombres se queman y van a morir. ¿Es que los espíritus, amigos tuyos, desean nuestra muerte? ¿No habías dicho que éramos el pueblo elegido?

Sikma palideció; pero, recordando los poderes de los «espíritus», dijo:

—Hablare con ellos, Aluk.

Y fue en su busca.

Earl escuchó atentamente, a través del «frenos-copio», todo lo que le decía el «thesu». Contaba ya con la aparición de las terribles quemaduras radiactivas, pero nunca había creído que surgiesen tan pronto, convirtiéndose en un desagradable problema.

—Voy a meditar — repuso—. Mañana habré logrado algo para que esos desdichados no sufran.

Cuando el nativo se hubo alejado, Kipp se reunió con sus compañeros.

—Ya tenemos las quemaduras—dijo—. Ese estúpido de Aluk está que trina. ¿Qué podemos hacer?

—Nada—-repuso Harry—. Ese mal es incurable.

Earl le fulminó con la mirada.

—No pedía tu opinión, pájaro de mal agüero.

Intervino Richard:

—Creo que podríamos hacer algo.

—¿Qué?—inquirió Kipp, con un brillo de esperanza en los ojos.

—Morfina. Tenemos bastante en la astronave y podríamos evitar, al menos, los horribles dolores de las quemaduras.

—¡Eres un tío grande, Payne! — exclamó Earl—. Diré a esos idiotas que los quemados son elegidos en grado sumo. La morfina apaciguará el dolor y les proporcionará una sensación deliciosa. Ellos mismos manifestarán que se sienten como nunca.

—Pero significará una disminución en la mano de obra—opinó Harry—, Si drogas a los «thesus» quemados, ya no podrás utilizarlos en el trabajo. Hubo un corto silencio; después Kipp propuso:

—¡Haré que trabajen las mujeres y los niños! Si todo sigue al ritmo actual, dentro de un mes podremos irnos.

CAPÍTULO IV



LUK, momentáneamente convencido de que los espíritus habían logrado el bienestar de los quemados, se dio pronto cuenta de que el número de éstos aumentaba.

Después se impuso el que los niños y mujeres siguieran trabajando.

Aluk se sintió profundamente desengañado.

A partir de aquel instante, abandonó el campamento y vagó por las montañas, reflexionando y cayendo en la cuenta, cada vez más convencido, de que la destrucción y la muerte rondaban sobre su pueblo.

Nada podía hacer para evitarlo,

Y ahí, precisamente, residía su desesperación, que no dejaba de crecer un solo momento.

Recordaba perfectamente, porque había oído hablar a los viejos durante las largas noches de invierno al amor de la lumbre, en las hondas cuevas de las montañas, todos los beneficios que los «thesus» habían obtenido de los espíritus de las tierras bajas.

Y ahora, en contraste con aquella maravillosa protección, esos mismos espíritus parecían dispuestos a destruir la raza...

¿O no eran los mismos?

Aluk hubiera querido poder hacer algo por su pueblo, al que amaba entrañablemente.

Una de las noches, cuando vagaba por las montañas, buscando la paz en la soledad y sin hallarla, se detuvo, aterrado, al ver aparecer, súbitamente, a un espíritu que no pertenecía al grupo de los que hacían trabajar a su tribu.

Estuvo tentado de huir pero la sonrisa que lucía el rostro de la aparición tranquilizó su temor, aunque tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no volver la espalda y perderse, a toda velocidad, en la oscuridad reinante.

El espíritu llevaba Un objeto brillante que iluminaba ampliamente una

gran zona, haciéndose perfectamente visible.

—¡Te saludo, Aluk!

Se maravilló que aquel ser no necesitase el tubo de los otros espíritus, aquella especie de serpiente que posaban sobre la frente de Sikma, cuando-querían entenderse con él.

—¿Cómo conoces mi nombre?— se atrevió a preguntar,

—Como conocí el de tu padre, el de tu abuelo y hasta el del primer jefe de los «thesus». Soy un espíritu da tu mundo, Aluk.

—¿No lo son los otros?

—No. Han venido de muy lejos para hacer mal.

—¿También lo sabes?

—Sé muchas cosas.— Y después de una pausa prosiguió—: Tú, Aluk, eres un hombre valiente y sabrás soportar lo que he de decirte.

—Puedes hablar.

—Tu pueblo está condenado. Esas quemaduras que ya conoces causarán la muerte y el horror entre tus gentes.

—Lo sospechaba.

Su voz, a pesar de la tranquilidad aparente de sus rasgos, temblaba un poco y Likauno, que no era otro el «espíritu», se percató de ello.

—Me has dicho que serás fuerte, Aluk.

—Y lo seré.

—No hay salvación para tu pueblo, amigo mío. Les nacerán hijos que repudiaréis, tan horribles aparecerán ante vuestros ojos. Los «thesus» dejarán de ser un pueblo que avanza hacia la civilización para convertirse en una manada de fieras.

—¿Tan poderosos son esos malos espíritus?

—No está en ellos el poder, Aluk, sino en las piedras que estáis sacando del suelo de nuestro planeta. Son piedras malditas contra las que nadie puede nada.

—¿Ni tú tampoco?

—No.

—Entonces ellos son más poderosos. Ninguno ha sufrido quemaduras. Y tocan las piedras malditas.

—Porque van vestidos con trajes especiales.

—Comprendo.

Hubo una larga pausa.

—Nosotros— dijo, de repente, Likauno-—hemos hecho todo lo que hemos podido por vosotros. Creo que te habrán contado muchas cosas.

—Sí. Los ancianos todavía las recuerdan. ¿No podéis hacer nada ahora?

—Nada para salvaros; pero queremos, por lo menos, castigar a esos espíritus malignos.

Algo brillante que complació al otro lució en los ojos de Aluk.

—¿Qué hay que hacer para castigarlos?

El «espíritu» sonrió.

—Me alegro de que pienses así, Aluk. Ya que lo hemos perdido todo, gocemos al menos de la alegría que nos proporcionará el saber que ellos no se saldrán con la suya.

—¿Qué hay que hacer? ¿Atacarlos? ¡Estoy dispuesto a luchar, ya que no nos queda otra salida!

—De nada serviría. Os matarían antes de que pudieseis hacer algo.

—¡No importa! ¿No has dicho que nuestro pueblo está condenado?

—Sí. Pero nosotros queremos conseguir algo positivo.

—No lo entiendo. ¿Qué he de hacer?

Likauno sacó una bolita del bolsillo.

—Toma esto, Aluk. Cuando los espíritus duerman, alejados de vosotros, te acercarás a su máquina que anda. Ellos duermen dentro. Ya sabes que llevan una esfera en la cabeza, una especie de bola transparente. ¿Lo sabes?

—Si

—Echarás tierra por los orificios que hay junto a la nuca, en esa esfera.

—¿Y después?

—Toma esto también.

Era un cuchillo afilado.

—Cuando hayas vertido los polvos por los orificios, esperarás un poco y después cortarás un brazo al espíritu malo.

—¿Y no se despertará?

—No. Esos polvos lo harán dormir. Y ese cuchillo que te he entregado, cuyo mango has de apretar fuertemente, impedirá que la sangre salga. Una vez hayas cortado el brazo, vuelves a este sitio, donde yo te esperaré.

—¿Y eso será suficiente?

—Si. El resto lo haremos nosotros. No te preocupes, Aluk: los «thesus» serán vengados.

—Así sea.

* * *

Cuando se despertó, Earl notó algo raro; pero, por el momento, ninguna lógica idea podía haberle hecho llegar a la fantástica conclusión de que había quedado manco.

Por eso, al buscar afanosamente su brazo izquierdo y encontrarse con el

muñón, casi a la altura de la axila, lanzó un desgarrador grito, que despertó bruscamente a sus amigos.

—¿Qué ocurre?

—¿Nos atacan?

Habían sacado sus armas y se aprestaban a una defensa, fuese como fuese. Pero el lamento de Kipp les hizo comprender lo que sucedía.

—¡Mi brazo! ¡Me han cortado el brazo!

Se volvieron hacia él, creyendo que se había vuelto loco; pero allí, estaba su muñón, como prueba de que decía la verdad.

—¡Le han cortado el brazo!

—¡Es imposible!

—Debemos estar soñando todavía.

Harold, ya un poco sereno, examinó detenidamente la mutilación de su amigo.

—Es verdad. Este brazo ha sido cortado o...

—¿Qué quieres decir? — inquirió el desdichado.

—No lo sé ciertamente Kipp; pero también es posible que haya sido devorado por algún animal de este planeta.,

—¿Y no sentiría ningún dolor? — inquirió Harry, con un gesto de duda.

—Yo no estoy obligado a saberlo todo — rezongó Bradley—. No he hecho más que expresar una opinión... Además, podría ser que el animal hubiera vertido sobre el brazo, antes de devorarlo, alguna sustancia anestésica.

Guardaron silencio, ya que les parecía que la versión de Harold, aunque fantástica, no dejaba de poseer una cierta lógica.

—Hemos sido unos estúpidos — estalló Richard.

—¿Por qué?

—Porque nos hemos tendido a dormir, a pierna suelta, sin ejercer ninguna clase de vigilancia... ¡Como si estuviésemos en nuestra propia casa!

—Tienes razón. Montaremos guardia, a partir de ahora.

Kipp les miró con odio.

—¡Lástima que no nos hubiésemos dado cuenta de que te faltaba la cabeza, Harry!

Richard intervino conciliador:

—No debemos enfrentarnos los unos a los otros; lo estropearíamos todo. Lamentamos sinceramente —se dirigía a Kipp—-lo que te ha ocurrido; pero nos alegramos, a] mismo tiempo, de que no hayas perdido sino un brazo. De ahora en adelante, uno de nosotros hará guardia.

Habían salido del auto-oruga y examinaban detenidamente el suelo.

—No se ve ninguna clase de huella.

—Habrá sido una especie de ave. Todavía no conocemos la fauna de este mundo.

Kipp se estaba cambiando de ropa, ya que la manga de su traje espacial había sido arrancada al mismo tiempo que el miembro que le faltaba. Se puso una nueva chaqueta y meditó tristemente lo ocurrido.

«Después de todo — se dijo—, Richard tiene razón. Un brazo tiene su importancia, ¿quién lo duda?; pero peor hubiese sido perder la cabeza».

El vehículo los llevó al lugar donde estaban los «thesus» y el trabajo se reanudó nuevamente, con la excepción de que Earl pasó junto a la «reductora», lugar que hasta entonces había ocupado Harry.

Éste se incorporó a las excavadoras.

Durante todo aquel tiempo— la estancia de les terrícolas duró aproximadamente mes y medio — se trabajó de firme.

Sikma se dio cuenta, no sin asombro, de que los «espíritus» no hacían ya caso a los quemados, y los abandonaban, sin procurarles aquella especie de nirvana que les habían proporcionado hasta entonces.

También notó el hechicero que sus protectores estaban enfadados, pero no se atrevió a preguntárselo, ya que les temía más que ninguno de sus hermanos de raza.

Dentro de su horrible desgracia, los quemados sumaban ya cerca de un cincuenta por ciento, los «thesus» tuvieron tiempo de admirar los mecanismos que manejaban aquellas extrañas criaturas. Y, observaren, con los ojos desmesuradamente abiertos, cómo la máquina que manejaba Kipp hacía, de montones tremendos de mineral, pequeñas cantidades que iban colocándose en cajas que algunos de ellos traían del lugar donde estaba la astronave.

Poco a poco, la carga se fue llevando a cabo, hasta que la última caja, estuvo llena.

Aquel día, los terrícolas se reunieron en su «oruga» y bebieron, brindando por la fortuna colosal que habían conseguido.

—¿Qué carga tenemos?

—Mil toneladas de «extracto»...

—Que significan...

—Un millón de toneladas verdaderas.

Kipp sonrió satisfecho.

—Un millón de toneladas entre tres, hace, aproximadamente, trescientas...

—¡Eh, que somos cuatro!

—Perdona, Harry... El cálculo, así, es más exacto: doscientas cincuenta mil por cada uno.

—Eso me convence más — rezongó Dawson,

Pero Kipp no le escuchaba,

—Ya podéis calcular, si es que podéis, el dinero que va a proporcionarnos esta cantidad, a un millón de «cosmos» el kilo.

Harold reía como un chiquillo.

—¡No quiero calcularlo, Earl! Prefiero seguir tus consejos: ¡gastar!, ¡gastar! Gastar sin medida, seguro de que nunca se acabará el dinero.

—Puedes estar seguro de ello.

Hubo una corta pausa.

—¿Cuándo nos vamos? — inquirió Harry.

—Mañana mismo. Dejaremos las excavadoras aquí, ya que hemos cargado la astronave hasta el máximo y, de no haber sido por los mecanismos «anti-g», jamás hubiéramos podido llevar esas cajas que, aparentemente pequeñas, pesaban un millón de veces su contenido.

—¿Y los «thesus»?

—Ni se enterarán de que nos hemos ido. Nos esperarán, como todos los días, cuidando sus quemados y llorando sus muertos. Y ya no nos volverán a ver jamás.

—No creas que no tengo ganas de abandonar este planeta. Cuando vuelva a encontrarme en el espacio, respiraré tranquilo.

—¿Y crees que no nos ocurre lo mismo a todos?

—Basta de cháchara — cortó Kipp—. Vamos a decir a esos tipos que hoy es descanso. Les daremos un poco de morfina a los quemados, para que pasen un mejor rato, y nos iremos. Ya se está haciendo de día.

—Vamos.

Se dirigieron hacia el campamento de los «thesus» y Kipp, como siempre, llamó a Sikma.

Después de colocarle el «frenoscopio»:

—Hoy es día de descanso, Sikma. Estamos muy contentos de todo lo que habéis hecho por nosotros.

Pero el entusiasmo del mago había decrecido.

—Han muerto muchos — dijo.

—No morirán más. Vamos a curar a los heridos y os daremos armas poderosas para la caza. A ti, especialmente, vamos a hacerte grandes regalos, dignos de un hechicero.

El rostro del hombre se iluminó, poro no fue más que algo efímero, como si un relámpago hubiese pasado por su rostro.

—Está bien — repuso—. Voy a decir que hoy es descanso. ¿Podrán ir a pasar el día a las montañas? Muchos de los heridos desean morir en las cuevas, lejos de las tierras bajas.

—Está bien.

Earl había cambiado de opinión y pensó que lo mejor era no volver a ver a aquellas criaturas, y que no merecía la pena volver con la morfina.

—Me parece lo mejor — dijo—. Pueden regresar a las cavernas. Nosotros les llevaremos después esa medicina para que se sientan felices.

Sikma no dijo nada más, alejándose pensativo, con la cabeza inclinada.

El «oruga» los llevó junto a la astronave.

La alegría les ganó en seguida, y cuando hubieron terminado de instalar el vehículo y la «reductora», que éste llevaba a remolque, penetraron en el aparato, reuniéndose en la cabina de pilotaje, junto a Harold, pendiente de todos sus movimientos.

Bradley conectó la puesta en marcha de los motores, recalentó los cohetes y dirigió, por medio de una palanca, la materia combustible que habría de producir los fotones necesarios para lanzar la nave a la velocidad de la luz.

—¡Tres años de viaje! — suspiró Richard.

—Te parecerá mucho más corto que el mes que has pasado en este planeta.

—Eso creo.

Un rumor apagado les llegó desde las entrañas de la nave. Los motores empezaban a funcionar.

Poco después, tras un rugido formidable, la nave tembló, avisando de que estaba dispuesta a partir.

—Ocupad vuestros sillones— dijo Harold.

Se sentaron, mirando al páramo.

—¡Adiós, planeta del demonio!

—No le insultes. Te ha convertido en un hombre verdaderamente rico.

—Pero un brazo mío — replicó Kipp sordamente — se ha quedado aquí. Yo soy el único que ha pagado lo que se lleva.

La nave salió disparada hacia el espacio.

* * *

—Aquí tienes un brazo de uno de los «espíritus». Es raro que sus brazos y su carne sea como la nuestra. Nunca lo hubiese creído.

—Son espíritus inferiores.

—¿Y tú? ¿Tienes carne como la de los «thesus»?

—Ahora sí —disimuló el otro—, porque me he visto obligado a poseer un cuerpo como el tuyo, para que me vieses y oyeras.

—Comprendo.

Y después de un silencio, preguntó:

—¿Qué vas a hacer con ese brazo?

—Sería muy largo de contar. ¿Han dejado alguna máquina?

—Hay tres en el campamento.

—Dos de ellas, casi con seguridad, las dejarán. Es posible que las necesitemos.

—¿Quieres decir que van a irse?

—Sí. Ya han cargado la astronave...

—¿La astro qué?

—Son cosas que no entenderías. Regresa con tu pueblo y di que serán vengados.

Likauno sonrió débilmente.

—Y otros muchos que morirán; pero no será la muerte lo peor de todo.

—Ya me lo dijiste...

Hubo una pausa.

—Me voy, Aluk.

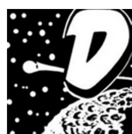
El hombre asintió con la cabeza.

—Mi pueblo agradece todo lo que hagas para castigar a esos malos espíritus. ¿Necesitas alguna clase de sacrificio?

—No. Bastantes tendréis vosotros. Sólo quiero, si es posible, poderte entregar un día a los que han maltratado a tu pueblo. Adiós.

Y desapareció.

CAPÍTULO V



IEZ años habían pasado...

Seymour Baum detuvo el extraño vehículo que conducía; después, volviéndose hacía su compañero, dijo: —Creo que es aquí, Taylor.

El interpelado miró hacia las colinas que rodeaban el coche y, tras unos momentos de ensimismamiento, asintió con la cabeza.

—Éste es el sitio.

Como si aquellas palabras les hubieran puesto en movimiento, los dos jóvenes descendieron del vehículo y dirigiéndose al remolque, que estaba situado detrás del mecanismo excavador, montado sobre «orugas», empezaron a sacar los utensilios suficientes para montar una amplia tienda de campaña.

Trabajaron, en silencio, cerca de dos horas, hasta Que el campamento estuvo completamente montado; después, sentándose a la sombra de la tienda recién montada, encendieron sendos cigarrillos.

—Hace demasiado calor — dijo Baum.

—Esperaremos a que el sol baje un poco, para empezar a excavar. ¿Crees que los datos que recogiste en el Museo Arqueológico de El Cairo son precisos?

—Estoy completamente seguro — repuso Taylor.

Era, en contraste con su joven amigo, claro de tez, con unos cabellos pajizos que, constantemente, con una rebeldía cómica, le caían sobre la frente.

—¡Ojalá no te equivoques, Donald! Piensa que, si encontramos los que buscamos, poseeremos los últimos vestigios de la civilización egipcia. Durante siglos se ha ido descubriendo todo lo que la arena ocultó en milenios. Pero lo que falta puede ser importante, ya que los datos que estudiamos hablaban de la existencia de las primicias de la civilización de Egipto debajo de estas dunas.

Y señaló los montículos de arena que los rodeaban por doquier.

—Sí, será un éxito — asintió el otro.

—¡Imagínate! Lo que podemos encontrar resolverá el misterio de aquellos hombres que, hace muchos años, fueron capaces de crear aquella magnífica civilización... Faltan datos del origen de aquellas criaturas que hicieron posible la existencia de las Pirámides, que escribieron El Libro de los Muertos, ¿Recuerdas el principio del canto?

Seymoür entornó los ojos; después lentamente dijo:

«—II ánkhou tpy ou ta m kmou-nir, hrnout-nir cuab knmou r-p pn n Ousir knnty-imntyou, irrou kint imn-í n sáhou-sn djd-in kha a hnkt kaou ap-dou sch. mnkht n ka n mrakhnouty...»(1)

—Veo que lo recuerdas. ¿Qué tendrá esta maravillosa civilización que nos atrae de esta manera?

—Que, a pesar de su barbarie, dejaba campo abierto para la espiritualidad,

por eso la amamos. Porque, al compararla con la nuestra, con la civilización supertécnica que vivimos, comprobamos que en ésta no hay sitio para el espíritu: la máquina lo ha matado todo.

—¿Qué hemos logrado en esta época? Las naves surcan el espacio, el poder del hombre se ha extendido más allá de lo que podían soñar los más atrevidos. Sin embargo, ¿qué se busca?

—Uranio para que las máquinas lo devoren. Uranio para producir calor, trabajo, fuerza, comodidad, ocio...

—Así es. Ninguna de las astronaves que han recorrido el espacio, hasta tres años luz, nos trajeron vestigio alguno de, otras civilizaciones.

—Estaban pilotadas por mercaderes.

—Por eso no les importó encontrar más que lo que buscaban. ¿Te parece poca tragedia, amigo mío?

Terminaron de fumar y Seymour, ciertamente afectado, exclamó:

—¡Tener que seguir buscando restos de civilizaciones terrícolas, cuando el universo se ha abierto al hombre!

—Es inútil que te esfuerces, Baum. Ya sabes que estoy a tu lado; pero, ¿qué nos han dicho los gobiernos cuando hemos solicitado una astronave para estudiar otros mundos? — sonrió, despectivamente. E imitando una voz oficial, que se adivinaba, sin necesidad de ser vista, detrás de una ventanilla o despacho—: Lo lamento, señores. Pero todas las astronaves están destinadas a la búsqueda de uranio. No podemos perder el tiempo en investigaciones improductivas...» ¡Santo cielo, en qué mundo hemos venido a parar!

—Deja de torturarte. Vamos a buscar nuestros restos prehistóricos de Egipto y olvidemos todo eso... Tú y yo, desde hace cerca de un lustro, vagamos juntos, lejos de sus ciudades supermecánicas, buscando un poco de tranquilidad y de paz, que logramos siempre. ¿No es bastante en un mundo como el nuestro?

—¡Un mundo de mercaderes y traficantes!

—Así ha tenido que ser. Pero, por favor, dejemos ese tema, por demasiado manoseado ya. ¿Vamos a empezar?

El sol había cedido un poco y ambos amigos desengancharon la excavadora, a cuyo volante se puso Seymour, acercándola a una de las dunas.

—¿Empezamos por aquí? — inquirió.

—Como quieras.

La máquina avanzó, con un suave zumbido, y sus mandíbulas abrieron largas huellas en la arena; luego, brazos metálicos, delicados, fueron separando la tierra, de manera a no dañar los preciosos tesoros que podían encontrarse en el interior.

Cuando la máquina tuvo ya sus coordenadas de movimientos, Baum se apeó, acercándose a su amigo.

—Veremos lo que encuentra.

Y se dirigieron a la tienda, echándose en el interior y durmiéndose poco después, ya que no habían descansado nada desde su salida de El Cairo, puesto que deseaban llegar cuanto antes al lugar elegido para las excavaciones.

Donald fue el primero en despertar.

La oscuridad era completa, pero el joven no tuvo más que alargar la mano para encender la lámpara de uranio, que vertió una luz natural en el interior de la tienda, haciéndola brillar desde el exterior, como el telón de un cinematógrafo, sobre el que se distinguían, netamente, las siluetas de los objetos contenidos en la tienda, como un curioso teatro de sombras.

Taylor miró a su amigo, que seguía durmiendo, y sonrió.

No, no lo despertaría.

En realidad, Seymour había conducido durante todo el tiempo, y era natural que estuviese más fatigado.

Se levantó, encendiendo un cigarrillo; luego, tras echar una nueva mirada a Baum, que respiraba rítmicamente, se desperezó.

Luego abandonó la tienda.

La oscuridad de la noche, sin embargo estrellada, llegaba hasta donde la luz de la tienda formaba una especié de aureola. El joven encendió su pila núcleo- térmica, cuyo foco iluminó todo cuanto lo rodeaba, con una agradable luz azulada.

Avanzó hacia donde trabajaba la excavadora, cuyo motor atómico mugía dulcemente.

Y entonces lo vio.

De momento, sin atreverse a dar un paso más, permaneció inmóvil, mirando fijamente aquella enorme esfera, de más de cinco metros de diámetro, que se elevaba ante él, delante de la máquina excavadora que, después de haber desenterrado aquel extraño objeto, había seguido su trabajo, impasible, dejando la esfera atrás.

Donald miraba, en silencio.

Evidentemente, aquel objeto no tenía nada que ver con lo que andaban buscando. No hacía falta más que mirar su estructura metálica, sin un solo remache visible.

¿Estaría hueca?

Donald se adelantó, hasta golpear con el puño la pulida superficie plateada, que sonó a hueco.

Inmediatamente, una especie de temor impreciso se apoderó del joven que, impelido por una fuerza misteriosa, retrocedió vivamente.

«Debo llamar a Seymour» se dijo.

Pero, al mismo tiempo, «algo» le detenía allí, como hipnotizado, haciendo conjeturas sobre lo que podía significar aquella esfera que por puro azar, había descubierto la máquina excavadora.

¿Y si se tratase de una nave espacial, que hubiese caído allí?

Tal posibilidad le llenó de emoción.

—¡Estaría bueno!—dijo en voz alta—. ¡Estaría bueno que tuviésemos aquí lo que hemos estado intentando conseguir, inútilmente, todos estos años!

Porque, si sus ideas coincidían con la realidad, y aquello era una astronave, podrían estudiar civilizaciones de otros mundos, logrando lo que jamás habrían conseguido dirigiéndose a las mercantilizadas autoridades.

Un nerviosismo incontrolable se apoderó de él.

Se acercó nuevamente a la esfera.

Sus temblorosas manos recorrieron la superficie pulida de metal, hasta donde alcanzaban sus brazos, buscando el oculto resorte que abriría ante el !as maravillas que lógicamente debería encerrar.

La idea de que podría encontrar los cadáveres de seres de otro mundo, que deberían haber perecido tras una larga estancia bajo las arenas del desierto, apenas le afloró a la conciencia.

Toda su mente estaba ocupada en montar hipótesis trae hipótesis, cada una más fantasiosa y descabellada que la anterior, deseoso de maravillarse ante los productos que el destino les había enviado allí, para poder estudiar, sin necesidad de ningún permiso, algo cuyo interés le hacía estremecerse de anticipado placer.

Pero, por más que buscó y palpó, no logró hallar nada que fuese el ansiado resorte.

Retrocedió, mirando la esfera con el entrecejo fruncido.

—Tendremos que abrirla con el soplete atómico— se dijo.

Y entonces, mientras llegaba hasta él el susurro del motor de la excavadora, que proseguía su trabajo, pensó que lo mejor sería despertar a su camarada, para hacerle partícipe de tan estupendo descubrimiento.

Pero...

Se aterró.

¿De dónde venía aquella fuerza que le impedía alejarse ele la esfera?

Durante unos minutos, su lógica, hizo cuanto pudo por desmoronar aquello que le parecía una verdadera locura.

Nada podía impedir que se fuese de allí.

Y lo intentó.

Pero, nuevamente, algo que ya empezó a tomar un cariz angustioso, se apoderó de él.

Y entonces, bruscamente, la lógica se vino ruidosamente abajo, dando paso al temor, a la angustia, al pánico.

—¡¡Seymour!! —llamó.

Le pareció que su voz sonaba en falso como si sus cuerdas vocales hubieran perdido su fuerza.

—¡¡Baum!!

Era completamente inútil.

Ahora sí que estaba seguro en el maleficio que ejercía aquella esfera... ¿O serían sus habitantes, que habiendo logrado subsistir, manejaban extraños aparatos, que le retenían como un poderoso imán?

Fuera lo que fuese, no podía alejarse y, después de los primeros instantes, en los que consideró el hecho como algo curioso—como lo hubiese hecho un hombre de ciencia, observador imparcial a su lado—, su instinto de autodefensa se impuso bruscamente, haciéndole ver con toda claridad que estaba ante un serio peligro.

Reuniendo todas sus fuerzas, consiguió despegarse de aquella maléfica zona un par de metros, pero el chasquido que oyó a su espalda, y que nada tenía que ver con el susurro ya lejano de la excavadora, le hizo volver nuevamente la mirada, viendo que una especie de ranura — una puerta corrediza sin duda — se iba abriendo en la esfera.

La curiosidad pudo entonces más que el miedo (o quizá persistía aquella misteriosa atracción, sin que él se percatase de ello); pero, fuera lo que fuese, permaneció inmóvil, con los ojos fijos en aquella fisura, que cada vez iba adquiriendo mayor tamaño.

La «pila nuclear» que llevaba en la mano iluminaba completamente la esfera y así, sin proponérselo, pudo ver una especie de estancia, de paredes cóncavas y, al fondo, una serie de aparatos, una máquina empotrada.

Al mirar hacia la parte superior de aquel mecanismo, descubrió un círculo de intenso color verdoso que parecía parpadear, fijo en él. Y luego, cuando la «puerta» terminó de abrirse, la máquina sacó dos largas manos metálicas, de dedos articulados que, antes que pudiera evitarlo, lo habían cogido por la cintura.

Fue tanta su sorpresa que no empezó a debatirse hasta que sus piernas patearon inútilmente el aire. Pero entonces ya era demasiado tarde.

La voz se había apagado en su garganta y no pudo obtener sonido alguno, aunque deseaba ardientemente llamar a su compañero.

Después, a medida que los brazos metálicos se acortaban, plegándose sobre la máquina y que la distancia entre ésta y el hombre disminuía, Donald fue realizando su situación, percatándose con horror de que había caído en la más horrible de las trampas.

La puerta se acercaba ya y el joven intentó afianzarse a ella con las manos

— había dejado caer la linterna en el momento de ser atrapado por aquellos brazos metálicos.

Pero todos sus esfuerzos resultaron vanos.

* * *

Al despertarse, Seymour tuvo que cerrar los ojos, ya que la intensa luz que reinaba en la tienda de campaña le molestaba. Por eso, permaneció un buen rato echado, pensando en que Donald podía haberle despertado antes.

Se imaginó a su amigo trabajando junto a la excavadora, en busca de aquellos objetos que materializasen sus teorías, forjadas a lo largo de estos seis últimos años.

Luego pensó en la existencia de ambos.

Intentaba huir de la civilización que les había visto nacer, deseosos de hacer algo verdaderamente importante. Pero Baum estaba completamente seguro de que no habían logrado — y lo que era peor—, no lograrían jamás su objetivo.

¿Cuántas veces le había propuesto a Taylor para que se alistasen en alguna flota de astronaves, trabajando como simples peones?

Si Donald hubiera aceptado, habría sido posible trabajar en otros mundos y, cuando manejasen las excavadoras en busca de uranio, recoger todo lo que desde el punto de vista arqueológico pudiese serles útil.

Pero el otro se había negado rotundamente.

Los proyectos de Donald eran muy otros.

El joven estaba seguro de que, en cuanto hubiesen logrado establecer claramente el origen del pueblo egipcio, desmontando de un golpe todas las hipótesis que se habían forjado sobre aquel punto, podrían publicar libros de gran interés, dar conferencias en la televisión de muchos países en resumen, obtener suficiente dinero como para adquirir una de aquellas vetustas astronaves que yacían, medio desmontadas, en los hangares de las grandes Compañías del Uranio.

Con una astronave, por pequeña que fuese, podrían empezar sus viajes estelares, cargados con una excavadora, iniciando la búsqueda por los planetas más cercanos que, como todos los otros mundos conocidos, no habían sido exvalorados más que por prospectores de sustancias radiactivas.

Mientras se incorporaba, Baum tuvo que admitir que el proyecto de su amigo era, además del mejor, el más lógico.

Pero... ¿cuánto tardarían en realizarlo?

Verdad que todavía eran jóvenes; pero los trabajos arqueológicos, los libros y la preparación de una nueva explicación sobre datos que, hasta entonces, habían sido erróneos, era una labor ardua, llena de dificultades y que requería además un cierto tiempo.

Se encogió de hombres y salió al exterior.

La temperatura había descendido sensiblemente y daba gusto estarse allí, bajo el cielo estrellado del desierto.

¿Estrellado?

Sin poderlo evitar, Seymour lanzó una emocionada mirada hacia las estrellas, preguntándose qué cantidad de maravillas podían encerrar les mundos que rodaban mansamente, como la Tierra, alrededor da aquellos lejanos soles.

Suspiró.

—¡Creo que me estoy volviendo demasiado sentimental! Y eso sería lo peor.

Avanzó hacia la zona que iluminaba la linterna de su compañero. La luz procedía de detrás de una pequeña duna que le ocultaba lo que Donald estuviese haciendo.

Al pasar al otro lado, por entre dos dunas más pequeñas, se quedó con la boca abierta, como si estuviese aun soñando y aquello no fuera más que el reflejo de una alucinación imposible.

Donald, su amigo, ATRAPADO POR DOS LARGOS BRAZOS METÁLICOS, estaba siendo arrastrado al interior de una esfera que la luz de la linterna hacía parecer de plata,

—¡Taylor! —gritó horrorizado.

Y echó a correr, sin conciencia alguna del peligro, deseoso solamente de librar a su compañero de aquellas monstruosas garras de acero.

Tropezó, cayendo sobre la arena. Pero se incorporó en seguida. Aunque, desdichadamente, era ya demasiado tarde.

Una puerta corrediza se había cerrado detrás de Donald. Y la esfera apareció nuevamente como una superficie pulida, sin ninguna fisura ni remaches visibles.

Donald Taylor había desaparecido.

CAPÍTULO VI


ESESPERADAMENTE, Baum golpeó con los puños la superficie metálica de la esfera, cuya inmovilidad tenía algo de siniestro.

Pero, naturalmente, no logró nada.

Retrocedió entonces, intentando ordenar el caos de ideas que rugía en su cerebro.

¿Qué había pasado mientras dormía? ¿Qué significaba aquella esfera y sus largos brazos articulados?

No lo comprendía.

No había visto, ni por asomo, el menor vestigio de seres vivos que controlasen aquel aparato que, sin ningún género de dudas, debía tratarse de una nave del espacio, llegada de sólo Dios sabía dónde...

De repente...

Fue como una luz que le penetrase en la mente.

¿Y si la nave se marchaba, llevándose, en sus entrañas, a su amigo?

La sola idea de perder a su amigo le hizo lanzar un rugido de rabia.

Después, ordenando sus ideas a toda velocidad, ya que temía que la esfera desapareciese de un momento a otro, corrió hacia donde la excavadora, ajena a la tragedia, seguía cumpliendo dulcemente con su deber.

Montó sobre el aparato, detuvo su marcha, lo hizo retroceder y avanzó hacia el lugar donde había visto cerrarse la ahora invisible puerta, haciendo

que la máquina que montaba levantase sus poderosas tenazas, que luego dejó caer, con toda la potencia, el motor atómico al máximo, sobre la esfera.

—¡Ahora verás! —exclamó gozoso.

El retumbar metálico lo ensordeció, haciéndole temer que iba a volverse loco; pero, dominando la desagradable sensación, miró hacia la esfera.

Ésta no había sufrido el menor daño.

En cambio, las tenazas de la excavadora no eran más que un par de hierros retorcidos, inservibles.

El asombro le hizo abrir los ojos desmesuradamente.

¿De qué clase de metal estaba construido aquel artefacto?

Pero no era aquello lo que le interesaba, sino Donald, que debía estar sufriendo lo indecible en el interior.

—¡Tengo que pedir ayuda!—exclamó.

Y, bajando de la máquina, corrió hacia el vehículo oruga, retrocedió a por algunas provisiones del remolque. Y puso en marcha el coche, alejándose, a toda velocidad, hacia el Norte.

* * *

—¿Qué hacían ustedes en esa zona?

Seymour miró desesperadamente al comisario de policía egipcio.

—¡Ya se lo he dicho antes, señor! Somos arqueólogos.

—Comprendo. ¿Y dice Usted que su amigo desapareció en el interior de una esfera de metal, que le pareció una nave del espacio?

—Eso es.

El egipcio sonrió.

—¿Seguro que no lo soñó, señor Baum?

El joven se mordió los labios, evitando de milagro el decir todo lo que pensaba de aquel hombre; pero se contuvo a tiempo.

—Cuando vea usted el estado en que quedaron las tenazas de mi excavadora, comprenderá la verdad.

—¿Y la esfera?

—Desdichadamente, si perdemos tanto tiempo, no la encontraremos.

Y poniendo las manos sobre el despacho del comisario, rogó:

—¡Hay que hacer algo, señor! He tardado seis horas en llegar y...

El otro le interrumpió con un gesto.

—Nosotros no tardaremos tanto. Utilizaremos mi autogiro.

—¡Gracias!

—¡Pero lo que no acabo de entender es que las pinzas de una excavadora y el tipo de la que me ha dicho usted que poseen es la más fuerte, no haya

pedido hundir la chapa de esa esfera...

—¡Ni siquiera la ha rayado, señor!

El policía movió la cabeza, dubitativamente; después, por fin, se levantó.

—Vamos—-dijo— Ahora soy yo quien arde de curiosidad.

Momentos más tarde, el helicóptero se alejó hacia el Sur.

Con los ojos fijos en el terreno que desfilaba rápidamente bajo el aparato, Seymour intentaba convencerse de que llegaría a tiempo.

«Sí — se decía—. Tiene que ser así. Donald debe permanecer a mi lado. ¿Qué haría yo sin un amigo, que es como mi propio hermano, y con el que he trabajado desde que salí de la universidad?»

Porque estaba seguro que, sin Donald, jamás volvería a hacer trabajos de arqueología...

El helicóptero iba acercándose a la zona.

Además del comisario, dos hombres más, armados hasta los dientes, iban en la cabina del aparato. Uno de ellos era el que conducía y Baum iba indicándole el camino.

Finalmente, el campamento apareció ante ellos, allá abajo, con un minúsculo montoncito de construcciones infantiles.

Seymour miró ansiosamente al lado de la excavadora.

La esfera había desaparecido.

Una sensación de mortal angustia le sacudió vio-lentamente.

—No veo la esfera — dijo, en aquellos momentos, el comisario.

—¿Y cómo quiere verla, si ha desaparecido?—gritó Baum, rojo de cólera —. ¡Si no me hubiese entretenido, con sus estúpidas preguntas y sus insulsos comentarios, quizás hubiésemos llegado a tiempo para librar a Donald de su encierro!

El egipcio no dijo nada, pero torció el gesto demostrando lo poco agradables que le parecían aquellos calificativos.

Seguido por los policías, el joven se dirigió hacia la excavadora y señalándola, exclamó:

—¡Fíjese en qué estado quedaron las tenazas!

—Yo no veo nada.

Electrizado, Seymour se volvió, lanzando un verdadero rugido de desesperación.

Las tenazas de la máquina estaban completamente nuevas.

Sintió una sensación helada que le corría por la espalda.

—Ya me imaginaba yo que se trataba de una broma burda.

Baum se volvió hacia el comisario.

—Le aseguro a usted...

—¡Cállese, mentecato! Podría detenerle y hacerle juzgar por insulto y ofensas a mi persona y a la autoridad. Pero prefiero hacer otra cosa. Ustedes están locos por buscar cosas en este terreno nuestro.,. ¡Lo expulsaré de Egipto!

—Pero,,,

—¡Silencio, estúpido! Suba al helicóptero. Le dejaremos a bordo del cohete que. le llevará a su país. Ya le enviaremos después' todos estos cachivaches.

—¿Y mi amigo?

El comisario torció el gesto.

—¿Su amigo? ¿No se lo habrá comido la excavadora?

Y estalló en carcajadas, dando una orden, después, a sus hombres, para que se llevasen al joven arqueólogo.

—¡Mire la tienda y verá que hay dos camas y dos equipajes!

El policía se encogió de hombros.

—Ya encontraremos a su amigo; no se preocupe... si es que existe. Y se lo enviaremos a Nueva York. Tampoco ese otro bromista se quedará aquí.

* * *

Charles Faughton — para todos los íntimos «Charlie» a secas— se sentó en la mesa que ocupaba Baum.

El arqueólogo no dijo nada. Se limitó a mirar al recién llegado, haciendo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

Charles contempló detenidamente a su viejo amigo.

Había cambiado mucho en aquellos últimos tiempos.

Además de las bolsas que rodeaban sus ojos, que el alcohol hacía brillar húmedamente, sus rasgos parecían lacios y las arrugas, a ambos lados de la boca, le hacían un gesto malévolo y cruel.

Charlie movió la cabeza, de un lado para otro.

—¿Sigues igual, Seymour?

—¿Qué puede importarte?

—Más de lo que puedas imaginarte. He hecho toda clase de indagaciones; pero Donald ha desaparecido como tragado por la tierra.

—No lo ha tragado la tierra. Se lo llevó la esfera.

Charlie volvió a encogerse de hombros.

Encontraba absurda e imposible la actitud de su amigo. Charles era periodista y, desde el regreso de Baum, había hecho todo lo que estaba al alcance de su mano para explicar la misteriosa desaparición de Taylor, al que apreciaba mucho.

Pero no había logrado nada.

El Gobierno egipcio, por su parte, había hecho indagaciones para encontrar a aquel arqueólogo. Pero todas las pesquisas resultaron vanas.

En cuanto a lo de la «esfera».

Jamás, había podido Charles «tragar» aquello, a pesar de las vehementes afirmaciones de su amigo. La prueba de que algo grave trastornaba a Seymour era que se había convertido en un alcohólico, él que jamás había bebido más de la cuenta.

—¿Quieres destrozarte? — inquirió, inclinándose hacia Baum.

Éste se encogió de hombros.

—¿Qué importa? Para mí ya no hay otra cosa posible. ¡Si ni tú mismo me crees!

—Eso son invenciones tuyas.

Seymour sonrió tristemente.

—¡Lástima que no pueda pagarme una cura hormonal!

—¿Para qué?

—Para vivir cien años más. También te la pagaría a ti. Así podría demostrarte que Donald fue sacado, por la fuerza de la Tierra...

—No seas así, amigo mío. Tú mismo sabes, como todos, que no se han encontrado civilizaciones tan adelantadas como la nuestra. Ningún mundo de los visitados poseía gente capaz de construir astronaves.

—Eso es una opinión gratuita... Yo estoy plenamente convencido de lo contrario. Ya ves.

—Lo sé; pero ¿cómo podría haber llegado una astronave a la Tierra? Lo normal, en caso que tal cosa hubiese ocurrido, sería que la nave se posase en un sitio habitado... ¡Pero enterrarse en la arena y esperar a que vuestra excavadora la sacase! No irás a decirme que eso es lógico... Ni por asomo.

—¿Y quién te dice que sea lógico? Aunque en el fondo, para los seres que enviaron esa nave del espacio, la cosa podía ser completamente lógica. ¿O es que no es posible más que nuestra cómoda lógica humana?

—Estás filosofando.

—Has querido decir divagando, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas. Aunque ya sabes que nada puede importarme ya. No pudiendo hacer nada por él, lo demás me importa un comino...

—¿Incluso tu propia salud?

—Eso es asunto mío.

Y, para demostrar lo que pensaba de su salud, hizo un gesto al camarero, que se acercó solícito.

—¿Señor?

—Otra botella.

Charles hizo un gesto, intentando evitar que el camarero hiciese caso a su amigo; pero la mirada que Seymour le dirigió fue suficiente para hacerle desistir.

Al regresar el camarero, Baum se sirvió un vaso hasta los bordes.

—¿Sigues escribiendo mentiras, Charles?

El periodista enarcó las cejas.

—¿Mentiras?

—No creas que no leo la prensa. Sobre todo el periódico donde trabajas tú — y dando a su voz el tono que hubiese utilizado un locutor—; «Míster Earl Kipp, nuestra mayor fortuna, salió para la Costa Azul, donde piensa pasar unos días»... «Míster Kipp opina sobre el futuro de la humanidad»... «Míster Kipp regala unos millones de dólares para las investigaciones comerciales»...

Charles le interrumpió.

—¡Basta. Baum!

Éste dejó escapar una ruidosa risa.

—¡Todos estáis vendidos a esa banda de mercaderes del espacio! La prensa, la televisión, los gobiernos... Todos os inclináis ante esos Cresos del Uranio: Kipp, Dawson, Payne, Bradley... ¡Los fabulosos conquistadores del Cosmos! ¡Los héroes de la civilización! ¡Los hombres que lograron dar a la Tierra el suficiente uranio para una era de tranquilidad y prosperidad industrial!

—No se puede contigo — dijo el otro levantándose.

Baum torció el gesto.

—¡Lárgate, Charlie! Seguro que tendrás que llenar unas cuartillas para decir algo sobre uno de esos señores... ¡Dales recuerdos míos!

Pero Charles no le escuchaba ya, alejándose hacia la puerta del establecimiento.

Seymour le siguió con la mirada, viéndole desaparecer tras las puertas, cuyas células fotoeléctricas le libraron del esfuerzo de empujarlas.

Pero ahora habían quedado abiertas.

Y, a su vez, Baum abrió los ojos desmesuradamente al ver entrar a la joven que, después de echar una ojeada circular, tropezó, con la mirada del borracho, sonriendo amistosamente.

Seymour le hizo un saludo con la mano.

Y ella, sin saber exactamente por qué, se acercó a su mesa y se sentó frente al joven.

Era rubia, con reflejos rojizos en su cabello y tenía un hermoso par de ojos

verdes.

—¡Hola, chica!

Ella volvió a sonreírle.

—¿Cuántos miligramos de alcohol cree usted que encontraríamos en su sangre, señor...?

—Me llamo Seymour Baum, encanto... Y a propósito de ese alcohol... ¡Encontraría usted, per lo menos, dos kilos!

—No tanto, pero casi.

—¡Dos kilos!—repitió, obstinadamente Baum—. Pero—agregó, haciendo un gesto en derredor suyo—, ¿sabe lo que encontraría en la sangre de todos éstos?

—No.

—¡Uranio! Están envenenados por el uranio, señorita...

—Me llamo Mary Terry.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

—¿Qué quiere beber?

—Nada.

Él la miró con asombro.

—¿Cómo? ¿No va a beber nada?

—No.

—¿Y para qué demonios ha entrado aquí? Si es que no juzga improcedente mi curiosidad...

—Muy sencillo: pasaba por la calle y he viste salir de aquí a un joven verdaderamente furioso. Tan furioso que iba hablando en voz alta.

—¡No diga más! ¡Charlie, el emborronacuartillas!

—No lo sé. Lo que sí sé es que iba diciendo algo así como «apestoso alcoholizado» y «no durará mucho» o «reventará». La verdad es que no me acuerdo de su última frase.

—Es igual, preciosa. Charlie está «uranizado» hasta el tuétano.

—Entré por eso, señor Baum. Y no hice más que mirar para darme cuenta que aquellas palabras Iban dirigidas a usted.

Él sonrió.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Eso depende. Si se afeitase, descansase, planchase su ropa o se cambiase de traje... dejando de beber una semana... no creo que fuese un compañero desagradable.

—¿Suyo?

—¿No cree que va un poco aprisa?

—¡Tiene usted razón! Yo no tengo amigos. Fíjese en Charlie, por ejemplo... quiere que reviente. Trataré de complacerle.

Y se sirvió un nuevo vaso.

—Quiero que venga conmigo, Seymour,

Él se extrañó de aquella inesperada familiaridad. Después, con una sonrisa, exclamó:

—¡Mira que ocurren cosas raras! Seguro que hay medio centenar de tipos que darían cualquier cosa por estar sentados a su lado... ¡Y usted viene directamente a mí! ¿Se le ha subido el uranio a la cabeza, Mary?

Y tendió la mano hacia el vaso.

—Bébase eso y venga conmigo —dijo ella.

—Así me gusta, preciosa. Hay que respetar los gustos del futuro marido.

Ella lo sacó de allí, cogiéndolo del brazo. Luego, una vez en la calle, lo subió a su coche y se dirigieron hacia la parte norte de la ciudad.

En el camino, Seymour se quedó profundamente dormido.

Le costó mucho despabilarlo un poco, justo lo que necesitaba para hacerle subir a su apartamento. Une, vez allí, lo dejó caer sobre una butaca.

Baum abrió los ojos, mirando curiosamente cuanto le rodeaba.

La habitación estaba elegantemente amueblada y el ambiente no podía ser más agradable. Se fijó en todo, terminando por descubrir un periódico sobre una mesita vecina.

Alargó la mano y lo cogió.

—¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Nada más que mentiras!

Lo desdobló, dándose cuenta de que lo había cogido al revés.

Se rio.

Después, colocando el periódico normalmente, tropezó con una gran fotografía, en primera plana.

¡DONALD TAYLOR!

Se puso en pie, sintiendo que se mareaba. En aquel momento, Mary salía de una habitación, con una jeringuilla en la mano.

—¡Mira, Mary!—la tuteó él—, ¡He encontrado a mi amigo! ¡Ha vuelto! ¡Lo han traído los habitantes de un mundo desconocido!

—Iremos a verle — dijo ella dulcemente.

—¿De verdad?

—Dentro de un rato.

—¡Debe ser ahora mismo!

—¿Cómo quieres ir en este estado? Deja que te ponga esta inyección y te

sentirás como nuevo. Luego iremos a ver a tu amigo.

Él le sonrió, desembarazándose de su americana, que dejó caer sobre el sillón.

—Siéntate — dijo ella—. Estarás mejor.

La aguja penetró magistralmente en la giba azul, filtrándose la sangre en la jeringuilla. Saltó la goma y el émbolo empezó a descender lenta y suavemente.

—¡Qué alegría! ¡Donald otra... vez.... a... quí!

—Iremos en seguida a verlo.

Pero él no contestó.

Se había reclinado, perezosamente, en el sillón, cerrando los ojos.

La aguja saltó y ella colocó un algodón, doblando cuidadosamente el brazo del hombre.

Luego, después de contemplarle durante unos instantes, su mirada cayó sobre el periódico, que cogió, mirando la foto de la primera página.

—¡El profesor Collowan, su amigo! ¡Pobrecillo! ¡Qué cerca ha estado de un ataque de «delirium tremens»!

CAPÍTULO VII



L despertarse, Seymour tuvo la sensación más extraña de su vida, como si acabase de salir de un sueño larguísimo, que hubiese durado toda una semana.

Estaba en un lecho cómodo, en una habitación clara y soleada. Sobre la mesilla de noche, una botella de «whisky» y un vaso.

Baum sonrió.

Sus manos no temblaban cuando se apoderaron de la botella y llenaron el vaso hasta arriba. Luego, como solía hacer siempre, se lo llevó a los labios, bebiéndolo a grandes sorbos.

¿Qué le pasaba?

Era como si algo desagradable hubiese sido puesto en el «whisky». Lo cierto fue que no pudo retenerlo ni un segundo en el estómago, devolviéndolo ruidosamente.

Pulsó el botón de llamada, apoyando el pulgar sobre él, con toda su fuerza.

La puerta se abrió, momentos más tarde, dejando paso a la muchacha que había conocido en el bar.

—¡Hola! — saludó ella.

Pero Baum no estaba de humor para banalidades de etiqueta.

—¿Qué demonios han puesto en mi «whisky»?

—Nada.

—¿Cree que me he vuelto loco?

—El «whisky» no tiene nada. Voy a demostrárselo...

Y se acercó, cogiendo la botella y sirviéndose, en otro vaso que había allí, una buena porción. Luego, sonriendo, se lo bebió despacio, dejando el vaso sobre la mesilla.

—¿Convencido?

—Así así... Lo cierto es que me ha parecido beber «mazout».

—Eso es lo que se esperaba.

—¿Que se esperaba? ¿Qué quiere decir?

—Ha sido usted desintoxicado definitivamente, mi querido amigo.

—¿Por quién?

—Por mí. Y creo ahora que puedo presentarme: doctora Mary Terry.

—¡Maldita tramposa! ¿Quién la metió en todo esto? ¿Charlie?

—Ya le dije que no lo conocía. Lo hice bajo mi responsabilidad. Estaba usted muy mal...

—Eso es cosa mía. Yo me sentía muy bien.

—No lo crea. Estuvo a punto de caer en un delírium tremens. ¿Sabe que confundió una foto del profesor Collowan con la de un amigo?

¡¡¡LA FOTO!!!

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Saltó de la cama en pijama, demasiado adornado para ser masculino. Se miró en el espejo, clavando su mirada en la joven.

Ésta se sonrojó.

—No tenía otra ropa...—balbució.

—Eso no importa ahora... ¿Dónde está mi ropa?

—En el armarlo. Pero no irá a vestirse...

—¡Haré lo que me dé la gana! ¡Lárguese, entrometida! Y búsqueme ese

periódico de la fotografía, si no quiere que la estrangule.

Ella se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere!—le gritó él—. Prepare también comida en abundancia... ¡Estoy más hambriento que un lobo!

Mary sonrió, cerrando suavemente la puerta.

Sin embargo, una vez fuera, frunció el entrecejo, preocupada.

¿Era posible que la alucinación de la fotografía siguiese ocupando la mente del joven?

Sin embargo, el «actilol» no fallaba jamás y no dejaba huellas mentales de ninguna clase de alucinación.

Buscó el periódico, dejándolo sobre la mesa. Después fue hacia la cocina, abriendo el frigorífico, del que empezó a extraer cosas mecánicamente,

Oyó el ruido de la ducha y luego el susurro de la maquinilla de afeitar que había comprado la víspera.

—Eres una tonta —se dijo—. Te preocupas demasiado por un hombre al que no conoces... Aunque, en realidad, te ha sido diabólicamente simpático desde el comienzo.

Terminó de preparar un copioso y sano desayuno, colocándolo sobre la mesa, junto al periódico. Después esperó.

Cuando vio entrar a Seymour se sintió agradablemente impresionada. El joven, limpio y con su traje planchado, parecía otro.

Él sorprendió la mirada de la muchacha.

—No soy el mismo, ¿verdad?

—No, indudablemente.

Pero Baum no la escuchaba ya. El almuerzo le atraía con una fuerza irresistible. Sentándose a la mesa, devoró, uno tras otro, los platos que ella le había preparado.

—¡Nunca tuve un apetito igual!—exclamó, mientras tomaba la taza de café que ella le había servido.

—No es extraño.

—¿Por qué?

—Porque conozco a pocas personas que coman mesuradamente después de seis días de sueño.

—¿Después de... seis días? ¿He estado seis días en la cama?

—Eso es.

Se la quedó mirando fijamente.

—¿Por qué ha hecho esto por mí, Mary?

La doctora bajó la mirada.

—Me pareció cumplir con mi deber.

—Gracias.

Una luz de esperanza se encendió en los ojos de ella.

—¿No me guarda rencor?

—No.

—Aquí tiene el periódico. Ahora podrá comprobar que estaba equivocado.

Seymour lo cogió con manos temblorosas. Después, desdoblándolo, miró corno hipnotizado la foto.

—Es él.

—¿Su amigo?

—Sí. Este hombre es Donald Taylor.

—¿No se da cuenta que es imposible? ¡Pero si es el profesor Collowan!

—No lo creo.

Mary le miró, preocupada.

—No digo que puede parecérsele; pero...

—No hay peros que valgan. Éste es Donald. ¿Cómo no lo conocería yo, santo cielo? He vivido a su lado demasiados años para no conocérmelo de memoria.

—No es posible. El profesor ha llegado de Inglaterra hace muy poco para empezar a intervenir a algunos enfermos en los Estados Unidos.

—¿Qué especialidad tiene?

—Injertos. Es una verdadera maravilla y ha hecho cosas verdaderamente portentosas: hacer que vuelva a reproducirse un miembro amputado, por ejemplo.

Baum miró tristemente la fotografía.

—Es imposible. Debo haberme equivocado... Donald era incapaz de tocar un mosquito...

Mary sonrió.

—Me alegra que haya vencido esta última dificultad. ¡Ahora sí que está completamente curado!

Él levantó la mirada del periódico, clavándola en los ojos de ella.

—Sí. Ahora ya estoy completamente curado. Ya no me queda más que rogar que me presente la factura y me dé de alta. ¿No es así, doctora Terry?

Ella no dijo nada; pero se mordió los labios.

Y después de un corto silencio:

—¿Por qué quiere hacer siempre daño?

Seymour se había levantado, y contorneando la mesa se acercó a la muchacha.

—Debías haberme dejado como estaba, Mary.

Ella no se movió, la mirada fija en el mantel.

—¿No te das cuenta— prosiguió diciendo él — de todo lo que me has hecho? Ahora, sin la posibilidad del alcohol, ¿qué haré para olvidar?

—¿Olvidar el qué, Baum?

Se sentó él a su lado y le contó, despacio, con detalles, cuanto había ocurrido.

Ella le escuchaba atenta, en silencio.

Cuando terminó el relato, Mary posó uno de sus manos sobre el brazo derecho de él,

—Ahora lo comprendo todo, amigo mío. Pero no se preocupe: yo le ayudaré. No tendrá necesidad de drogas.

Las manos de Seymour se apoderaron de la que ella había posado en el brazo...

—¿Estás segura de que quieres ayudarme? — inquirió.

Y la atrajo hacia sí, poniendo sus labios sobre los húmedos de ella.

* * *

El secretario se inclinó, en una profunda reverencia, ante la mesa de despacho.

Detrás de ésta, Earl Kipp dejó caer su desdeñosa mirada sobre el hombre inclinado ante él.

—¿Qué hay, Edmond?

¿Quién hubiera podido conocer a Kipp en aquel ventrudo caballero, impecablemente vestido, con su brazo izquierdo artificial?

Toda su persona despedía potencia, riqueza, insolencia del que se sabe inmensamente poderoso.

—Es cierto, señor.

—¿Has hablado con él?

—Me concedió hora para esta mañana. Y me he apresurado a venir corriendo para...

Kipp cortó la verborrea con un gesto.

—¿Es capaz de hacer lo que quiero?

—¡Él así lo afirma, señor.

Earl sonrió, acariciándose con la diestra el tazo mecánico.

Lo habían hablado de aquel portentoso profesor Collowan. Y cuando se enteró de que era capaz de regenerar, merced a unos injertos especiales, un miembro desaparecido, creyó que la única amargura de su vida iba a terminar felizmente.

—¿Le has dicho que quiero verle?

—Sí. Dijo que podría usted hacerlo cuando quisiera.

Earl sonrió imperceptiblemente.

¿Cómo no iba a ceder aquel profesor ante la figura mundialmente conocida de su preciosa persona?

Porque, a pesar de haber dividido las riquezas por partes iguales, Kipp se las había arreglado por hacerse pasar por el más importante de todos ellos y, ayudado por su suerte, se destacó desde un principio, haciendo creer que él había sido el único cerebro que viajaba en la astronave.

—Di que preparen Uno de los coches. Vamos a ir ahora mismo.

—Está bien, señor.

Una nueva inclinación y el secretario desapareció.

Momentos más tarde el lujoso vehículo— un modelo especialmente construido para él — abandonaba la mansión residencial, dirigiéndose velozmente hacia los barrios céntricos de la ciudad.

El profesor Collowan se había instalado en una clínica modelo que un compañero le había alquilado. El edificio, de seis plantas, ocupaba una amplia zona, bordeada de jardín, en un lugar que, a pesar de lo céntrico, gozaba de una tranquilidad casi completa.

Una vez que hubieron avisado al profesor de que el ilustre Kipp estaba esperándole, hizo comunicar a la enfermera de turno que rogase a Earl esperar unos instantes más, justo el tiempo de terminar una pequeña operación que estaba realizando en uno de los quirófanos.

Entretanto, Kipp, cómodamente instalado en el «hall», sonreía, pensando en el giro que iba a dar su vida una vez recuperase el brazo tan misteriosamente perdido.

Había llegado a olvidar las extrañas circunstancias de su mutilación, pero no las consecuencias.

Ahora iba a ser completamente distinto.

Porque no podía olvidar que sus antiguos camaradas de viaje, movidos indudablemente por la envidia, no dejaban, en cuanto tenían ocasión de hacerlo, de lanzar insinuaciones sobre su brazo, como sí deseasen vengarse de la importancia que Kipp había tomado en el mundo.

El doctor apareció en el umbral de la puerta.

Era joven y poseía una agradable sonrisa en el rostro.

—¿Señor Kipp?

Earl se levantó, ciertamente emocionado.

—Soy yo.

—¿Quiere hacerme el favor de seguirme? —le dijo el médico, después de haberle estrechado la mano.

—Sí.

Pasaron a una salita, no muy lejos de allí, cómodamente amueblada.

—¿Hace el favor de desnudarse de cintura para arriba?

Obedeció Earl, y después de que, ayudado por el doctor, hubieron quitado el brazo ortopédico, una verdadera maravilla que suplía perfectamente todo lo perdido, Collowan examinó detenidamente el muñón.

La ansiedad de Kipp se convirtió en angustia.

—¿Podrá hacerlo, doctor?

El otro no contestó en seguida. Abandonando el muñón, examinó el brazo ortopédico.

—Nunca había visto algo semejante — dijo.

—Me costó medio millón de «cosmos» — repuso Earl, no sin una sonrisa de orgullo.

—Es una verdadera, maravilla. ¿Por qué desea poseer un nuevo brazo, señor Kipp? Después de todo, ya no es usted muy joven y...

El otro sonrió.

—He tomado diez mil micro-gammas de «reevital». Viviré, por lo menos, cien años más.

—¡Ah! Eso cambia completamente las cosas. Ahora comprendo su deseo de poseer un brazo como el que perdió.

—¿Será posible?

—Creo que sí; es decir, puedo asegurar que sí.

—¡No repare en gastos, doctor! Podré pagarle lo que desee...

El médico sonrió ligeramente.

—No debemos hablar de eso por el momento. Ya tendremos tiempo de hacerlo. ¿No le parece?

—Como usted quiera.

—Perfectamente. Yo voy a preparar todo lo necesario para el injerto y empezaremos, si le parece, mañana mismo.

—¿Cuánto tiempo tardará en...?

—Crecerá en poco más de dos semanas.

—¡Maravilloso!

—Me alegro de que se encuentre satisfecho y preparado para la intervención.

—¿Será dolorosa?

—En absoluto. Usted no sentirá absolutamente nada.

—Perfecto.

Acompañó al ilustre enfermo hasta el «hall», recordándole que debería volver a la clínica al día siguiente, aproximadamente a la misma hora.

—Está bien. No faltaré, doctor.

CAPÍTULO VIII



REES que lograré algo positivo, querido?

Seymour asintió con un gesto enérgico de la cabeza.

—Compréndelo, Mary. Hasta que no esté completamente convencido, no pararé. Ya sé que ese hombre tiene unos conocimientos que jamás soñó poseer Donald. Ya sé que es completamente imposible que un hombre que ha desaparecido hace dos meses se convierta, por magia, en un cirujano famoso

en todo el mundo. Pero...

—Sigues dudando, ¿verdad, amor mío?

—Sí — suspiró el joven.

Ella lanzó una aguda sonrisa,

—Y lo más bonito de todo esto es que me haces dudar a mí también. Yo no he conocido a Bonald; pero a fuerza de mirar en los periódicos, de repasar todas las fotos que se han publicado de él y de hablar con tu amigo Charlie, he empezado a pensar cosas tan raras como tú.

—¡Charlie es un estúpido!

—No lo creas. No comprende tu actitud de no verle; pero, en el fondo, es un excelente muchacho.

—Que me tomó por loco o visionario.

—No es de reprochar. Dijiste unas cosas tan raras, que hasta las autoridades egipcias te tomaron por desequilibrado.

—¿Tú me crees sinceramente?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Completamente. Dudé al principio, pero me he ido dando cuenta de que todo lo que has dicho es verdad. Conoces esa esfera tan bien, recuerdas tantos y tantos detalles, que es imposible que los hubieses inventado.

—¿Harás entonces lo que pido?

—Sí. Voy a intentar colaborar con ese doctor o, al menos, presenciar algunas de sus intervenciones.

—Eso es. Y no olvides que lo que te he dicho es fundamental. Puede ser que ese médico sea o no Donald; pero no hay más que una manera de probarlo.

—Sí, ya lo sé; tu amigo Taylor tenía una cicatriz en la espalda, producida por una caída en una de vuestras excavaciones.

—Perfectamente. Ya te he descrito y dibujado la cicatriz medio centenar de veces. No lo olvides. Es...

—...en forma de semiluna — le interrumpió ella con una sonrisa en los labios —, posee un color rosado y la granulación, que no pudo detenerse, por falta de fármacos apropiados, la hace resaltar sobre la piel, como si hubiesen colocado una cinta de goma sobre el cuerpo de tu amigo. ¿Está bien, señor profesor?

—Sobresaliente, amada alumna.

Ella se levantó, mimosa, besándole cariñosamente.

—Voy a prepararme. Dentro de una hora podré presentarme ante él.

Y así lo hizo.

Al hallarse frente a Collowan, Mary se sintió inquieta.

—Desearía asistir a alguna de sus intervenciones, profesor. He aquí mis títulos y diplomas.

Pero él no había hecho más que echar una ojeada a todos los documentos que Mary le había presentado. Y se limitaba a mirarla fijamente.

Ella se sintió molesta.

—Espero su respuesta, profesor.

Sonrió Collowan y como si despertase de un sueño que le hubiera alejado de la realidad.

—Naturalmente que puede usted trabajar conmigo, pero he de decirle algo.

Ella esperó pacientemente.

—¿Sabe usted, Mary, que es formidablemente bonita?

Ella se sobresaltó, ya que no esperaba, ni muchísimo menos, una salida como aquella.

—Muchas gracias, doctor.

—No debe dármelas, doctora Terry. Francamente, no he dicho más que la verdad. Y si me lo permite agregaré que será una verdadera dicha el poder trabajar a su lado.—Y como ella no dijese nacía, preguntó—: ¿Cuándo puede empezar a venir?

—Mañana—se apresuró a decir la joven, deseosa de poseer unas horas para reflexionar.

—Perfectamente. Justamente, mañana verá usted algo que le gustará. El comienzo de un injerto para la recuperación total de un brazo.

* * *

Baum la escuchó en silencio.

Había fruncido el entrecejo y miraba obstinadamente al suelo. Hasta que ella, después de contarle detalladamente la entrevista, inquirió:

—¿Te pasa algo, querido?

Él levantó velozmente la cabeza.

—Nada. Pero ya estoy casi convencido de que no se trata de Donald.

—¿Ya? ¿Por qué?

—Porque Taylor era el hombre más tímido que he conocido. Y no se hubiese atrevido a tratarte de esa manera...

—No me ha tratado mal, Seymour.

—¡Yo ya me entiendo y bailo solo! ¡Será desfachatez!

—¿La mía?

—No intentes sulfurarme, Mary. Ya sabes perfectamente a quién me refiero. ¿Qué se habrá creído ese estúpido Don Juan?

—¡Pero si no había nada malo en lo que me dijo!—protestó ella con cierta vehemencia—. Se limitó a llamarme bonita.

—Sí, ya lo sé.

—Lo importante es que mañana podré verlo. Y, con un poco de suerte, cuando se ponga o quite la bata, podré ver si tiene la cicatriz o no.

—Seguro que no la tiene. Donald no era tan necio como ese tipo.

—Estás celoso, Seymour. ¿No es verdad?

—Sí, lo estoy. ¿Qué pasa?

—Pues sencillamente que no me gusta. Escucha, querido: todo lo que ese doctor diga no debe importarnos nada. Lo que nos interesa a los dos es comprobar cierta hipótesis. Una vez comprobada, todo volverá a su cauce normal. ¿No es así?

Él sonrió, ganado por la simpatía de la muchacha.

—De acuerdo, preciosa.

* * *

—Pase por aquí, doctora.

Collowan se hizo a un lado, dejando que la muchacha, vestida ya con su bata, penetrase en el quirófano, donde los ayudantes trabajaban, preparándolo todo.

—¿Y el paciente?

—Está ahí al lado. Pero antes de hacerle pasar tenemos que controlar el estado de los tejidos que utilizaremos para el injerto. Mire.

Hizo que se acercara a una mesa, donde unos ayudantes manejaban unos tubos de ensayo que contenían una substancia gelatinosa, en la que iban echando gotas de sangre que sacaban de otro tubo, mediante una fina pipeta.

—Hemos extraído sangre al paciente — explicó el profesor — y comprobamos ahora la «clase de su albúmina», es decir, la idiosincrasia exacta de sus tejidos.

»Esos tubos—-añadió — contienen tejido humano, obtenido a partir de células nobles, por el procedimiento de Alexis Cairel. Naturalmente, las albúminas humanas son un sello de la personalidad mucho más diferenciado que las huellas dactilares. Por eso, al caer la gotita de sangre de nuestro paciente se forman o no anticuerpos, dando paso a una reacción serológica corriente.

La interrumpió uno de los ayudantes.

—¡Ya lo tenernos, profesor!

—Perfectamente. Vea usted, doctora Terry, que en este tubo no se ha realizado reacción de defensa alguna. Eso quiere decir que las albúminas de nuestro paciente corresponden a este lote, que será el que utilicemos para el

injerto.

—Lo que no comprendo, profesor— dijo ella, dejándose llevar por el entusiasmo de la ciencia y olvidando momentáneamente su misión en aquel lugar—, es la manera de lograr ese crecimiento de los tejidos.

Él sonrió.

—Usted conoce, como yo, la facultad que poseen ciertos animales para regenerar los miembros que pierden. Ya no hablo de las estrellas de mar, cuya indiferenciación explica todo.

»Pero una lagartija a la que usted corte el rabo lo volverá a recuperar en poco tiempo. ¿No es verdad?

—Sí.

—Sin embargo, la lagartija no es como la estrella de mar; aquélla posee una diferenciación orgánica elevada, ya que se trata de un vertebrado. ¿Cómo podemos explicar tal portento?

—No lo sé.

—Voy a explicárselo en pocas palabras. Lo que ocurre es que ese diminuto y travieso reptil posee, a la altura de la formación de su cola, una zona de tejido embrionario capaz de regenerar y crecer si eso fuese necesario. Una substancia especial, a la que he llamado «regenarina» y que he logrado producir por síntesis me sirve, aplicada a los muñones de los humanos, para que se repita en éstos lo que normal y naturalmente se hace en los pequeños reptiles.

—¡Es fantástico!

—-Pero no es eso todo. Que un tejido crezca o no, alimentándose a expensas de todo lo que podamos proporcionarle, no es lo fundamental. El cáncer no es más, como usted sabe, que un crecimiento anormal de un tejido tumor al de tipo embrionario. Y eso pasaría si dejásemos que el injerto obrase por sí solo.

»Crecería monstruosamente sin ceñirse a ley biológica alguna.

—¿Cómo logran que eso no ocurra?

—Ésa es la parte más delicada y difícil de nuestro trabajo. Ya sabe usted que la hipófisis, situada sobre el esfenoides, segrega, durante gran parte de nuestra vida, hormonas que dirigen, no solamente el crecimiento del cuerpo hasta la edad adulta, sino la «forma». Esas substancias «bioformativas» son las responsables de la maravillosa armonía orgánica del cuerpo humano.

»Pues bien. Conectando la hipófisis del paciente con un aparato que la «rejuvenece» por pocos días la obligamos a segregar aquellas substancias que hicieron posible la formación total del cuerpo. Y esas substancias, al atravesar el muñón y penetrar en la masa de tejidos injertados, ordenan y componen el nuevo miembro, como si se tratase de formarse en el mismo embrión.

Ella le miró maravillada.

—Le gusta, ¿verdad?

—Me ha dejado anonadada.

Él la cogió familiarmente por el brazo y Mary volvió a sentir aquella sensación de culpa que había experimentado al explicar a Seymour su primera visita a Fred Collowan.

—No olvides, estúpida — se dijo—, la misión que te ha traído aquí.

En aquel momento, el paciente, dormido por medio de una anestesia perfecta, penetraba en el quirófano.

Collowan soltó el brazo de la muchacha y se calzó los guantes, acercándose después a la mesa, donde sus ayudantes habían extendido a Kipp.

—¡Acérquese, doctora Terry!

Ella obedeció.

—Vamos a abrir el muñón, de manera a restablecer una unión orgánica entre el resto del cuerpo y el injerto.

Su bisturí rasgó hábilmente, arrancando todo aquel tejido adiposo que se había formado en el muñón y que le servía de almohadilla natural.

Un tubo de cristal, lleno a medias y por su parte superior de aquella substancia gelatinosa, fue aplicado al muñón.

—Ya ve usted que el tubo es verdaderamente estrecho; pero no tenemos que preocuparnos. El brazo, en contra de lo que usted podría imaginar, crecerá de golpe. Se formará un brazo minúsculo, caricaturesco: una especie de brazo de bebé recién nacido. ¿Comprende?

—A medias.

Él volvió a sonreír.

—Si el brazo creciese poco a poco jamás lograríamos lo que nos proponemos. Ya que, como le he dicho antes, nuestra preocupación reside en la forma, más que en la cantidad de materia viva que se produzca.

»A1 poseer un brazo completamente formado, pero minúsculo, nos es mucho más fácil hacerlo crecer normalmente, como si se tratase del crecimiento natural en un niño. ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente.

—Pues ya podemos decir que la intervención se ha terminado. El paciente será trasladado a su habitación y no tendremos más que ir vigilando la aparición del nuevo miembro.

—¿No llegará a molestar el tubo?

—Lo quitaremos en seguida.

—¿Y el tejido que necesita?

—Se lo iremos procurando por una fisura que abriremos en la axila del nuevo brazo.

—Entendido.

Habían salido del quirófano, y ya en el antequirófano, él empezó a desabotonarse la bata.

—¡Oh, permita! —-dijo ella.

—¡De ninguna manera!

—-Es mi deber, profesor.

Fred sonrió, dejando que ella desabrochase la bata. La mirada de la muchacha brillaba intensamente; pero un rictus de decepción se reflejó en su hermoso rostro al ver la camiseta interior que llevaba él.

Decidida a jugarse el todo por el todo para salir de dudas, vio un frasco de fenolftaleína cerca de allí.

Y ni corta ni perezosa hizo como si tropezase con él, lanzando un chorro de líquido sobre la camiseta.

—¡Perdone! ¡Qué torpe soy!

—Eso no es nada.

Se quitó él la camiseta, y viendo ella que no se daba la vuelta se apoderó de un algodón.

—Voy a secarle, doctor.

Y antes de que él pudiese evitarlo giró hacia su espalda, pasando el algodón por la piel.

Tuvo que morderse los labios.

¡La cicatriz de la que había hablado Seymour estaba allí!

* * *

Incapaz de esperar más, Baum abandonó la casa, y tomando un coche se hizo conducir a las proximidades de la clínica.

Estaba nervioso.

Le pesaba haber embarcado a Mary en aquella aventura que ahora, fríamente, juzgaba estúpida.

Penetró en un bar, frente a la entrada de la clínica.

Pero como desde que la doctora le había desintoxicado no podía beber ninguna clase de alcohol y allí no había otra cosa, salió poco después, penetrando en la clínica, cuyo «hall» encontró vacío.

¿Qué diablos le impulsó a abrir una de las puertas y avanzar por un estrecho y bien iluminado pasillo?

Nunca lo supo.

El rumor acallado de una conversación le llevó hasta las cercanías de un recodo. Al otro lado dos personas hablaban, cuchicheando.

—¡Por favor, profesor!

Era la voz de Mary, y Seymour se estremeció de pies a cabeza.

—No sea así, Mary. La quiero y no puedo evitarlo. He comprendido desde que la vi que todo lo que he conseguido no vale absolutamente nada al lado de la felicidad que puedo conseguir contigo... ¿Verdad que me permites que te tutee?

Baum cerró los puños.

—No. puede ser, profesor. Estoy comprometida.

—¿Y quién puede ser el estúpido que se ha atrevido a acercarse a una mujer tan excepcional como usted?

—No es ningún estúpido, profesor. Es un famoso arqueólogo.

A pesar de la furia que Baum sentía crecer en sí mismo, la voz de aquel hombre le había hipnotizado. Porque era la misma que la que todavía resonaba en sus oídos al recordar a Donald Taylor.

Aquella emoción extraña fue la que le contuvo.

—¿Un arqueólogo? ¿Qué puede ofrecerte un hombre así, Mary?

—Felicidad...

El médico soltó una ruidosa carcajada.

—¿Un ser que goza al lado de una momia puede proporcionar felicidad? Francamente, querida, hay que convenir que no se puede estar al lado de un individuo de esa clase sin experimentar la desagradable sensación de haber sido enterrado vivo.

Aquello hizo estallar a Baum.

—¡A ti no te enterrarán vivo, Don Juan de segunda mano!

Y dando la vuelta al recodo avanzó hacia ellos.

Vio rojo al contemplar que el médico tenía a Mary en sus brazos y que, a pesar de que ella se defendía, intentaba besarla.

El puño salió disparado y Collowan se desplomó, cayendo sentado en el suelo.

Allí se quedó, mirando un tanto sorprendido a su agresor.

Mary no sabía qué hacer.

Pero Baum lo decidió al cogerla por la mano y llevársela de allí a toda velocidad.

Una vez fuera, y cuando hubieron cogido un taxi, ella le tocó en el brazo, ya que él parecía definitivamente enfadado.

—¡Tiene la cicatriz que tú me dijiste, querido!

Pero, contra todo lo que esperaba, Seymour se encogió de hombros.

—¡Ese tipo no es Donald! Perdona, Mary, pero estuve completamente loco al pensarlo.

CAPÍTULO IX


UÉ le parece, señor Kipp?

Pero Earl no podía hablar.

Se contemplaba en el espejo, ante el que estaba desnudo de cintura para arriba. Y no hacía más que contornearse, mirando el brazo izquierdo, sin atreverse, por el momento, a hacer ninguna clase de movimiento con él.

—Coja ese libro, míster Kipp—le ordenó el médico.

Y cuando vio que el otro, impelido por el hábito, alargaba la mano derecha, le detuvo con un gesto.

—Con la izquierda.

Earl le miró angustiado.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, con los ojos fijos en aquella

mano que le faltaba desde hacía diez años y que ahora estaba otra vez allí.

Finalmente se decidió.

Movió lentamente los dedos, como si se tratase de aquellos articulados de su mano ortopédica. Pero al ver que funcionaban como los de la mano sana se abalanzó para coger el libro, y cuando lo tuvo apresado entre los dedos lo tendió al médico.

—¡Lo ha logrado, profesor!

—Sí, señor. Lo hemos logrado.

Kipp le miraba con admiración.

—¡Voy a hacerle el hombre más rico de la Tierra, profesor!

Pero Collowan sonrió.

—Ya soy bastante rico. No es necesario que me pague un centavo, señor Kipp.

—¿Entonces? — se asombró el otro.

—Basta la satisfacción de mi trabajo. Aunque deseaba pedirle algo.

—¡Lo que usted quiera!

—Verá. Como todo el mundo, he oído hablar de ustedes, los cuatro hombres que hicieron posible el desarrollo de la industria en el Sistema gracias al hallazgo de uranio en un mundo alejado. Siempre soñé tenerlos a mi mesa y charlar con ustedes...

Su voz se hizo implorante.

—¿Querrán ser mis invitados, señor Kipp?

Earl lanzó una sonora y ruidosa carcajada.

—¿Nada más que eso? ¿Por qué no viene a mi mansión?

—He comprado una casa, muy cerca del lago Michigan, donde podremos estar maravillosamente.

—Cuente con nosotros, profesor. Mis amigos, en cuanto se enteren de lo que ha hecho usted conmigo, arderán en deseos de conocerle...

Frunció el entrecejo.

—¿Hace usted también cirugía estética?

—Es mi especialidad.

—Pues va a tener cuatro clientes que le absorberán todo su tiempo.

—Estoy a su disposición.

—Perfectamente. Dentro de un par de días le llamaré. Cuando tenga a mis viejos camaradas en Nueva York.

—Gracias por anticipado.

* * *

Les condujo el propio helicóptero de Kipp, una verdadera maravilla de

comodidad y precisión.

La finca que había comprado el profesor Collowan estaba situada en medio de un hermoso bosque, a orillas del lago.

Cuando el aparato se hubo posado, sus ocupantes descendieron, dirigiéndose hacia la mansión.

Como Kipp, sus amigos habían envejecido un poco, pero todos ellos se habían hecho tratar con hormonas y se veía en sus rostros la satisfacción de saber que iban a gozar de una longevidad privilegiada.

—¡Tiene usted que ponernos guapos, doctor!— dijo Richard Payne.

—Lo que tiene que hacer — rezongó Harry, cuyo carácter no había cambiado; seguía tan gruñón como siempre — es cambiarnos totalmente el rostro. Empezarnos a cansarnos de ser los mismos.

—¿Te has vuelto loco, Dawson?

—¿Es que no tengo razón? Nos quedan más de cien años de vida. ¿No os gustaría cambiar hasta tal punto que llegaseis a convenceros de que habíais nacido de nuevo?

Harold se dio una palmada en la frente.

—¿Sabéis que Harry, al menos esta vez, no anda muy descarriado que oigamos?

—Tienes razón.

Y volviéndose hacia el doctor, Kipp inquirió:

—Mi querido amigo, ¿ha oído usted las palabras de mi compañero?

—Sí.

—¿Y qué piensa de ello?

—Que es posible

—¿Lo habéis oído? El doctor dice que es posible.

Habían entrado en el salón y tomado asiento. Collowan sirvió licores y tabaco.

—Quiero agradecerles la amabilidad que han tenido conmigo al venir aquí.

—¡Eso no tiene importancia!

—Para mí, como le dije, míster Kipp, tiene muchísima, Ardía en ganas de oírles sus aventuras estelares.

— Pues vamos a contárselas en seguida.

—Un momento. He dicho que deseaba agradecerles lo que hacen. Y puedo decirles que ustedes van a ser los primeros en gozar de las primicias de mi máquina rejuvenecedora. ¿Saben cuántos años cumplo este año?

—No.

—Doscientos dieciséis.

—¡Imposible!

—¡Si parece un niño!

—¡Es increíble!

El médico sonrió.

—Ya lo verán después. ¿Por qué no comienzan su relato?

Kipp se encargó de hacerlo.

El tiempo había hecho desaparecer los remordimientos. Earl, lleno de orgullo, dijo la verdad, con toda su crudeza, sin ambages.

El doctor escuchaba atentamente.

Hubo algunas intromisiones de los otros; pero, después de dos horas de animada charla, Kipp se detuvo, sonriendo.

—Eso es todo, querido doctor.

—Muchas gracias. ¿Qué les parece si comiésemos?

Se miraron, en silencio.

—¿No podíamos ver esa maravillosa máquina, doctor?

—Eso es — apoyó Harry —. A mí se me ha quitado el apetito.

—Como ustedes quieran.

Se había puesto de pie, siendo inmediatamente imitado por todos.

—Por aquí, señores.

Abandonaron el salón, atravesando una serie de pasillos, hasta detenerse ante una puerta.

—Aquí es.

Sacó el médico una llave y ellos pasaron, en su pos, abriendo los ojos desmesuradamente.

Una enorme esfera plateada ocupaba una estancia de grandes dimensiones.

—Ésta es mi máquina.

—Es formidable.

—Me ha costado muchos años de trabajo.

—Lo comprendemos. ¿Cómo se utiliza?

—Es muy sencillo. La hice de este tamaño para poder tratar hasta quince personas de golpe. El tratamiento completo no dura más de veinte minutos.

—¿Eh?

—Sí. Se trata de unas radiaciones que, sin necesidad de operación quirúrgica alguna, modifican el estado glandular, rejuveneciendo, en pocos minutos, diez años.

—¿Sólo diez años?

—Es el primer tratamiento; la primera fase.

—¿No os parece fantástico?

Y Richard, que era el que más había envejecido, dio un paso al frente.

—¡Un voluntario para ahora mismo! —Y volviéndose a los otros añadió —: ¡Ya veréis cuando me veáis salir! ¡Os vais a morir de envidia!

—Yo también voy.

—Y yo.

—Y yo.

Collowan sonrió.

—Está bien, señores. Era, precisamente, lo que iba a proponerles. Ya que la máquina trabaja mejor con varios pacientes. ¿Vamos?

Una puerta se acababa de abrir, misteriosamente, en la esfera.

El médico penetró el primero.

Ellos, después de mirarse, le siguieron, encontrándose en una especie de saloncito, con cuatro sillones, en los que tomaron asiento,

—Yo voy arriba.

Y el doctor subió por una escalerilla, desapareciendo detrás de una compuerta que se cerró silenciosamente.

Al mismo tiempo, la puerta de la esfera se cerró también.

—Es estupendo este tipo, ¿verdad? — inquirió Kipp.

—Y un poco extraño — dijo Harry.

—Tú siempre eres pesimista, Dawson.

—Y TIENE RAZÓN.

La voz estentórea había resonado terriblemente en el interior de la esfera.

—¿Qué significa esto?

—¿Quién ha hablado?

—Parecía la voz del doctor.

—¡Cuando yo os decía que este tipo es muy raro!

—¡SILENCIO!

Se callaron, agarrándose a los brazos de los sillones.

—Ya es hora de hablar claro — dijo la voz de Collowan—. Esta esfera es, en realidad, una astronave. Una nave del espacio que ha llegado del planeta de donde sacasteis el uranio que os convirtió en los hombres más poderosos de la Tierra.

El silencio y la angustia se mezclaban, dando un tono ceniciento a la tez de los cuatro hombres.

—En esa mesita, a la izquierda del lugar por donde habéis entrado, hay papel y pluma para escribir. Si queréis salvaros, dentro de ciertos límites; si queréis seguir viviendo, coged papel y escribid.

Obedecieron a toda velocidad.

—Poned; «Yo... (aquí vuestro respectivo nombre), en plenas facultades mentales y ante tres testigos, que firmarán abajo, conmigo, declaro entregar toda mi fortuna, bienes, muebles e inmuebles, así como todas las acciones y títulos que poseo, para el desarrollo de la astronavegación. La mitad de esta cantidad irá destinada al desarrollo exclusivo de la arqueología espacial. Esa cantidad será controlada y utilizada por el joven profesor Seymour Baum. Firmado (vuestro nombre).

»Ahora firmad en cada hoja en calidad de testigos.

Y pasados unos instantes ordenó:

—Meted los papeles por la ranura verde, al fondo del salón.

Obedecieron, pálidos como la muerte.

Sólo Kipp se atrevió a inquirir:

—¿Cumplirá su palabra de no quitarnos la vida?

—La cumpliré.

Un silbido horrendo les ensordeció.

Luego, veinte minutos después, tuvieron que agarrarse a los sillones; pero, de todos modos, la aceleración les hizo desmayarse.

* * *

Esauko abandonó el sillón, acercándose al telescopio.

—¿Nada aún? — inquirió Likauno.

—Nada; pero no tardarán en llegar.

Su compañero entornó los ojos.

—Parece mentira que lo hayamos logrado.

Esauko sonrió.

—Tenía que ser.

—Sí. No podíamos dejar que lo que hicieron a los «thesus» quedase sin castigo.

Una luz verde se encendió a la izquierda.

—Ya llegan.

Salieron de observatorio, avanzado hacia un vehículo en el que subieron, dirigiéndose nacía el límite de las tierras bajas.

Momentos más tarde, la esfera se posaba muy cerca de ellos.

La parte superior se abrió, al tiempo que una escala descendía hasta el suelo. Por ella uajo Collowan.

—Hola — dijo sencillamente.

—¿Están ahí?

—Sí.

—¿Todos?

—Todos.

Hubo un corto silencio.

—¿Duermen?

—Les durará el sueño cerca de una hora.

—Vamos, entonces, a sacarlos.

Los tres hombres cargaron con los cuerpos de los cuatro durmientes, colocándolos en la parte posterior del vehículo que, poco después, se ponía en marcha.

Avanzó, lentamente, hasta detenerse en una zona desértica, no lejos de las rocas.

—Hay que dejarlos en el suelo.

—¿Avisaremos a Aluk?

—Bastará lanzar un cohete, tal y como convenimos. Él es el único que sabe hablar el lenguaje de estos hombres.

—Perfectamente.

Ayudó Collowan y cuando hubieron descargado la carga humana, Essauko lanzó una bengala verde, que se puso a notar sobre el suelo.

—Ya podemos irnos, amigo —dijo al joven terrícola.

—Vamos.

* * *

Al abrir los ojos, Kipp no comprendió absolutamente nada. La visión que tenía ante él era tan horrible, que creyó que proseguía la pesadilla que le hacía estremecer momentos antes.

Los otros abrieron los ojos también.

Y el mismo grito de horror brotó, al unísono, de las gargantas de aquellos desdichados.

—¡No!

—¡Estamos otra vez aquí!

—¡No es el mismo mundo!

Uno de los seres se acercó, despacio, deteniéndose ante ellos.

—Es el mismo, pero vosotros lo cambiasteis. Miradme. Soy Aluk.

¿Era posible?

Todos ellos recordaban la esbelta figura del jefe de los «thesus». ¿Cómo era posible que aquella monstruosidad deforme, con aquel cráneo que parecía comido por la lepra y el cuerpo cubierto de pústulas...? ¡Parecía increíble!

—¡No eres Aluk!

—Eso me digo yo, muchas veces, cuando me miro en la superficie del agua... «¡No eres Aluk! O, al menos, no debías ser así.» ¿Quién tiene la culpa

de ello? ¡Contestad!

—¡Nosotros no!

Aluk sonrió, si podía decirse que aquella horrible mueca era una sonrisa.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? Nos prometieron respetar nuestras vidas.

—Así lo haremos. Vuestras largas vidas son ahora preciosas.

—¿Qué intentas decir?

Aluk hizo un gesto a los demás monstruos que estaban detrás de él. Todos ellos rodearon a los terrícolas.

—¡Adelante!

Y empezaron a caminar, unidos, temiendo que aquellos cuerpos purulentos los rozasen.

Hasta que se detuvieron en las antiguas excavaciones de uranio. Las máquinas estaban aún allí.

Aluk se acercó a ellos.

—He aquí vuestro trabajo. Vais a extraer uranio, mucho uranio. Tanto como para que la Tierra pueda respirar tranquila mil millones de años.

—¿La Tierra? ¿Qué sabes tú de nuestro mundo?

—La Tierra no es ya vuestro mundo. Ahora cambiará y la gente conocerá otra clase de vida. Vosotros vais a hacer posible esa felicidad, trabajando aquí. —Y señalando a sus súbditos—: ¡Miradlos! Es como si os miraseis en un espejo, ya que seréis muy pronto como ellos, o como yo. Pero nosotros estamos llegando al final de la vida, mientras vosotros, que la habéis prolongado voluntariamente, conoceréis el castigo que habéis merecido.

Y se alejó, seguido de sus hombres.

Sólo, un pequeño grupo, armado con lanzas, se quedaron de centinelas en los alrededores.

Y ellos les vieron marchar, mirándose después, horrorizados, sin, no obstante, atreverse a despegar los labios.

CAPÍTULO X


S él.

Mary miró a Seymour. —Yo también estoy segura. Son demasiadas coincidencias para no ser verdad.

—Pero... ¿por qué diablos tenía que enamorarse de ti? Ella se encogió de hombros.

—Ya hemos discutido bastante esto querido. ¿No te parece?

—¿Qué insinúas?

—Nada. Que lo mejor es ir a ver a ese médico y decirle la verdad. Si es Donald, reaccionará de una manera...

—¿Y si no es Taylor?

—Le pegas otro puñetazo y en paz.

Sonrió él.

—Está bien. Tú ganas.

Cuando el vehículo les dejó a la puerta de la clínica, se cogieron de la mano, como si temiesen que algo de lo que pudiese haber al otro lado de la puerta pudiese separarlos.

—Vamos— decidió ella.

Y entraron en el «hall».

La misma enfermera de siempre estaba detrás del minúsculo despacho, a la izquierda.

—¿El profesor Collowan?

—No está.

—¿Tardará mucho?

—Me temo que sí. A mí no me ha dicho nada, pero sospecho que haya regresado a Europa.

—¿Está usted segura?—se alarmó Seymour sin saber por qué.

—Ya le he dicho, caballero, que es una hipótesis.

Pero, al mirar a la muchacha, sonrió.

—¿No es usted la doctora Terry?

—Sí.

El rostro de la enfermera se animó.

—Eso es distinto.

—¿Va a recibirnos entonces?

La otra frunció el entrecejo.

—Ya les he dicho que estaba fuera.

—¿Entonces?

—Tengo una carta para ustedes.

Y sacó un sobre, que entregó a la muchacha. Baum se mordió los labios.

Salieron, después de dar las gracias. En el coche, mientras regresaban a casa, Seymour no dejó de mirar el sobre.

—Debe de haberte dejado una colección de poemas.

—¿Lo dices por lo voluminoso?

—Puede ser.

—No seas celoso, cariño. Pronto saldremos de dudas.

Una vez en el salón de la casa, ella desgarró el sobre, sacando una carta y un sobre más pequeño.

Queridos amigos Mary y Seymour:

Es doloroso no haber podido veros antes de mi partida: pero no ha sido posible. Tenía prisa por terminar la misión que me han encomendado.

Dentro de pocos instantes estaré muy lejos de vosotros, y he aprovechado estos momentos, mientras los motores de la astronave se preparan, para dejaros la carta y el sobre con unos documentos que van a interesaros. Sobre todo a ti, viejo amigo.

Comprendo, querido Seymour, toda la angustia que pasaste en Egipto. Yo

también pasé lo mío y creí haber caído en una trampa horrible, cuando, cogido por los brazos de la máquina, se cerró la puerta detrás de mí.

Perdí luego el conocimiento y cuando lo recobré estaba en una extraña sala, junto a dos hombres, que me miraban curiosamente. Noté que habían utilizado una especie de encefalógrafo conmigo, y seguí temiendo haber caído en manos de una raza espacial de hombres de ciencia, que iban a hacer experimentos conmigo, tomándome por un vulgar cobayo.

Pero pronto salí de dudas.

Los «etrumios», así se llaman los pocos seres que quedan de una civilización maravillosa, y desgraciada al mismo tiempo, habían comprobado, con sus aparatos, que yo no era malo del todo.

Ciertamente que se sorprendieron de que yo no fuese un criminal. Y cuando me lo dijeron, llana y sencillamente, les pregunté la razón de aquel asombro.

Y entonces me explicaron la más terrorífica historia que había oído en mi vida.

Hace mucho tiempo — en realidad habían pasado diez años de los nuestros — me dijeron, llegaron a este planeta unos hombres, seres semejantes a nosotros, en una astronave.

Venían buscando uranio. Nuestro planeta es riquísimo en esa sustancia y ellos mostraron en seguida su gozo por haber hallado lo que tan ansiosamente buscaban.

Pero, además de la ambición que anidaba en sus corazones, la prisa les quemaba la sangre. Y utilizaron, sirviéndose de artilugios horrendos, a un pueblo primitivo, los «thesus», en los que los «etrumios» tenían puestas todas sus esperanzas, deseando hacer de ellos una raza más feliz que lo que había sido la suya.

Sin tener en cuenta el peligro de la radiactividad, los cuatro terrícolas extrajeron todo lo que necesitaban, sin importarles que sus esclavos muriesen por las quemaduras producidas por las emanaciones radiactivas.

Fue entonces cuando, sintiéndose profundamente ofendidos, los «etrumios» forjaron la idea de hacer justicia Nada podían, sin embargo, contra aquellos granujas, porque habían destruido todas las armas y, además, son una raza caduca.

Pero forjaron un plan formidable.

Como desconocían la procedencia de aquellos innobles seres, necesitaban algo para poder buscarles en el espacio, ya que estaban dispuestos a hacerlo, sin medir sacrificios ni desvelos. Además, como creían que toda la raza de los invasores era idéntica, compuesta por seres tan malvados como ellos, tenían el propósito de destruir el planeta que habitasen.

Sirviéndose del jefe de los «thesus», se quedaron con el brazo izquierdo de

Earl Kipp, el jefe de la pandilla.

Y pasó el tiempo.

Los terrícolas habían abandonado el planeta, y los «etrumios» destinaron sus últimas energías físicas y mentales a la construcción de esferas, idénticas a la que encontramos en las excavaciones.

Las fueron lanzando a todos los planetas que les rodeaban, hasta una distancia de cinco años-luz.

Y esperaron.

Dentro de cada esfera, una máquina; un poderoso «analizador», sería capaz de estudiar todo ser inteligente que se presentase ante ella, ya que en el cerebro electrónico que llevaban estaban inscritos los detalles biológicos y físico-químicos que se habían obtenido con el brazo de Kipp.

Y esperaron.

Hasta que yo llegué ante la esfera. Ésta se abrió y los brazos me atraparon, sentándome, a la fuerza, en un sillón, donde perdí el conocimiento.

Luego, más tarde, supe que aquella máquina me estudió detalladamente, hasta que pudo comunicar a su planeta de origen que había encontrado lo que los «etrumios» buscaban.

Ya te he dicho que cuando me desperté me hallé ante aquellos dos seres que, sin cesar, me hicieron preguntas y más preguntas, hasta que conocieron la Tierra tanto como yo.

Entonces me lo explicaron todo.

Me presté, naturalmente, voluntario, dispuesto a ayudarlos a que hiciesen justicia.

Ellos habían forjado el proyecto. Y, gracias a sus máquinas «nemotécnicas», me convirtieron en el profesor Collowan, el único humano capaz de devolver el brazo a Kipp.

Comprenderás que él era el mejor cepo que podíamos utilizar.

Ahora, en viaje hacia allá, voy a entregar a estos miserables, para que reciban el castigo que tanto merecen.

En cuanto a vosotros, perdonadme si, movido por el afán de despistar a Seymour, tuve que hacer la corte a Mary. Palabra de honor que me costó mucho vencer mi timidez.

Junto a esta carta encontraréis un sobre que os agradará. Haced que se cumplan las voluntades de los señores Kipp, Dawson, Payne y Bradley.

Yo estaré pronto con vosotros. Por el momento y aprovechando la amabilidad de Esauko y Likauno, mis amigos «etrumios», voy a empezar a estudiar la arqueología de este maravilloso mundo.

Pero, os repito, no tardaré más de un año en regresar junto a vosotros. Hablad a los hombres y decidles que un pueblo lejano desea que no cometan

las locuras que les costó a ellos la caducidad y la muerte. Que hagan menos caso del tecnicismo y el progreso y que atiendan un poco más al espíritu.

Nada más. Un abrazo muy fuerte para los dos.

DONALD.

—¿Qué te parece, Seymour?

—¡El muy granuja!

—Es formidable.

Guardaron, un corto silencio.

—El proyecto de Donald—dijo él — ha de convertirse en realidad. Hacía muchísimo tiempo que soñábamos con una cosa así.

—Y la habéis conseguido.

—Eso creo. Una vez que el mercantilismo desaparezca, la gente volverá a ser como antes, como en aquellas dichosas épocas en que el hombre podía pararse a pensar.

—¿Crees que volverá?

—¡Claro que sí! El muy pillo se ha adelantado en la exploración arqueológica de ese mundo. Pero le conozco. Estará deseando reunirse conmigo para comunicarme las primicias de todos sus descubrimientos. Y escribiremos el más famoso libro que se ha hecho jamás.

—¿Y... después?

La miró intensamente.

—Tendrás que ir preparando la maleta, esposa mía.

—¿Qué quieres decir?

—Que, en cuanto Donald regrese y hayamos terminado nuestro trabajo, empezaremos a volar hacia las estrellas.

—¿Los tres?

Seymour la amenazó con la mano.

—¡Los cuatro!

—¿Qué quieres decir?

—Que ya puedes ir buscando una novia a esa calamidad, que ya creo que no lo es tanto.

—¡Pero si es muy tímido!

—¡Cáscaras! Donald ya no es un tímido. Un hombre que ha hecho lo que él tiene valor y coraje para todo lo que se proponga.

Y acercándose a Mary, dijo:

—Escucha, querida, le buscaremos una linda muchacha, y haremos que se case en cuanto descienda de la astronave que le traerá aquí. Después, cuando

hayamos terminado el libro, saldremos a visitar planetas y será la más hermosa luna de miel que se haya concebido jamás.

—Me gusta tu proyecto.

—¿De acuerdo entonces?

—Sí.

La besó.

Luego, al cabo de un rato de silencio, Mary inquirió:

—¿Sabes que estoy pensando una cosa?

—Tú dirás.

Ella le sonrió.

—Estaba pensando en quién de nosotros dos debe buscar la novia para Donald.

Él se rascó la cabeza.

—Creo, mi amada esposa, que debía ser yo.

—¿Por qué?

—Verás; los hombres entendemos de eso más que vosotras. Además, conozco perfectamente los gustos de mi amigo.

—Conque sí, ¿eh?

—¿Te enfadas, cariño?

—¿Yo? ¡Qué voy a enfadarme! Lo que voy a hacer, por el mismo motivo al que tú has aludido, es buscar la novia de Donald.

—¿Qué quieres decir?

—Que soy yo quien mejor conoce los gustos de tu amigo.

—¿Tú?

—¡Claro! ¿No recuerdas que me besó en la clínica? ¿Estoy o no mejor enterada que tú de sus preferencias?

No pudo decir más.

Porque la carcajada que iba a brotar de sus labios no pudo hacerlo, ya que el beso de Seymour so lo impidió.

Y ella, más feliz que nunca, entornó los ojos, pensando en todo el porvenir maravilloso que la esperaba.


FIN

NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



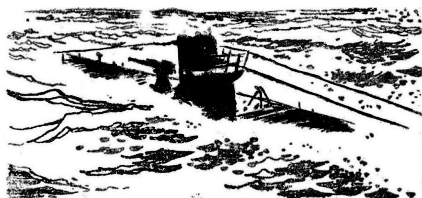
MARCIANOS

—Hemos capturado a este terrestre con la bandera y las armas en la mano.

¿Llegará un día la máquina a dominar al hombre?

" Homo mechanicus "

La fantasía y la realidad más dramática y sobrecogedora, enlazadas en este singular relato de **CLARK CARRADOS.**



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

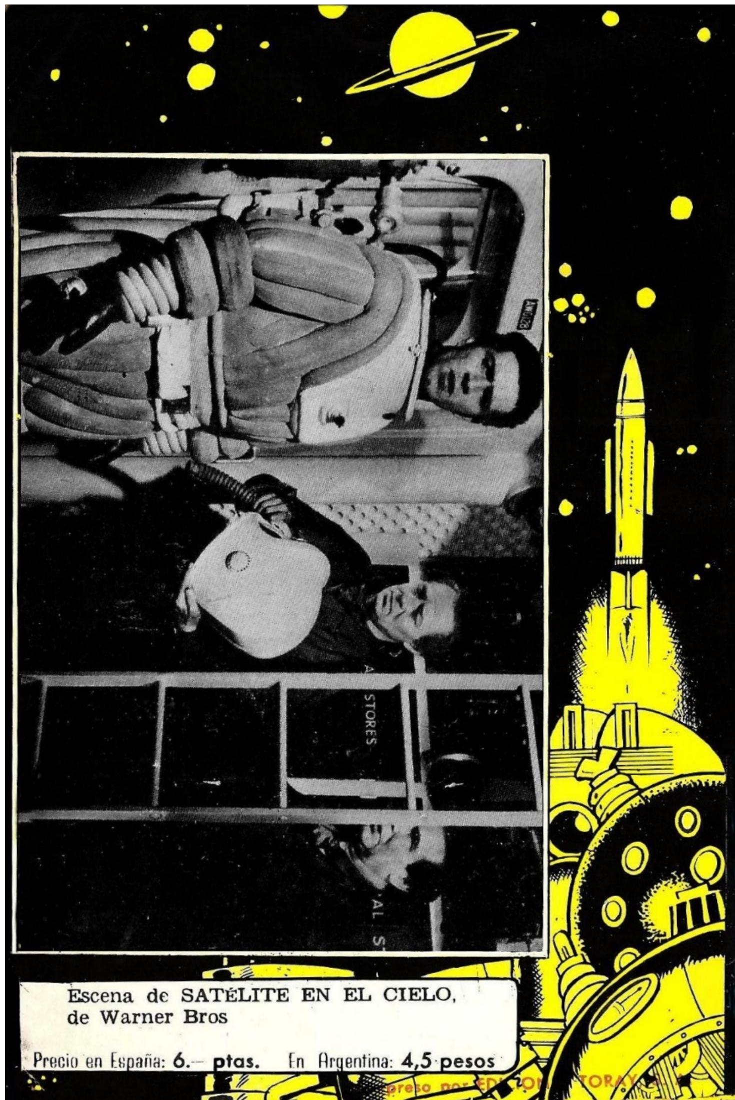
SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — Ultrametrópolis. — *Law Space*
2. — ¡Mutaciones!. — *H. S. Thels.*
3. — Viaje al centro de Plutonia. — *Clark Carrados*
4. — Persecución en la órbita. — *H. S. Thels.*
5. — El país de los «robots». — *Clark Carrados*
6. — Atentado en el tiempo. — *Law Space*
7. — Pantanos de metal. — *Clark Carrados*
8. — Operación Selene. — *Sylvester Strange*
9. — Los trabajos de Kabé. — *Clark Carrados*
10. — Mundos silenciosos. — *Johnny Garland*
11. — El zoo infinito. — *Clark Carrados*
12. — Microcosmos. — *Law Space*
13. — El trovador de la Galaxia. — *Clark Carrados*
14. — Andrómeda ataca. — *Clark Carrados*
15. — El hombre que nació mañana. — *Johnny Garland*
16. — Objetivo: La Luna. — *Fel Marty*
17. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*
18. — Un mundo muerto. — *Red Arthur*
19. — Taum, Cazador estelar. — *Law Space*
20. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*
21. — La llegada de los «Zetas». — *Law Space*
22. — La nueva era. — *Clark Carrados*
23. — Guerra de satélites. — *H. S. Thels*
24. — El «robot» Espartaco. — *Sylvester Strange*
25. — El hombre de Júpiter. — *H. S. Thels*
26. — Maquiavelo artificial. — *Clark Carrados*
27. — «Zero». — *Johnny Garland*
28. — Huida al pasado. — *Law Space*
29. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados*
30. — ¡Cuidado, terrestres!. — *Tom Argo*
31. — Solo un planeta. — *Clark Carrados*
32. — Venganza cósmica. — *Law Space*



Notas

[←1]

"¡0h, vivientes que están sobre la tierra!, a saber: sacerdotes, sacerdotisas, sacerdotes “ouab”, músicos de este templo. De este templo de Osiris, jefe de los Occidentales, que hacen sus ofrendas en el templo; que las dicen por sus muertos. Miliares en pan. cerveza, bueyes, aves, vestidos y perfumes; que lo hacen al “ka” del jefe del templo (despacho)." (Fórmula de una oración de los vivos en una estera funeraria. Se encuentra en el Museo de El Cairo, bajo el número de orden 20.026)